

LELE ITURRIOZ

# Entre Estaciones

Libro I

FBI Anti-Piracy Warning: The unauthorized reproduction or distribution of a copyrighted work is illegal. Criminal copyright infringement, including infringement without monetary gain, is investigated by the FBI and is punishable by up to five years in federal prison and a fine of \$250,000.

Advertencia Anti-piratería del FBI: La reproducción o distribución no autorizada de una obra protegida por derechos de autor es ilegal. La infracción criminal de los derechos de autor, incluyendo la infracción sin lucro monetario, es investigada por el FBI y es castigable con pena de hasta cinco años en prisión federal y una multa de \$250,000.

Entre Estaciones  
Primera Edición  
Copyright © 2017 Alejandra González Iturrioz

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser usada o reproducida de ninguna manera, incluyendo el uso de Internet, sin el permiso escrito del autor.

Esta historia es una obra de ficción. Las referencias a personas reales, eventos, establecimientos, organizaciones, o locales se destinan sólo a proporcionar un sentido de autenticidad y se utilizan de manera ficticia. Todos los demás personajes, y todos los incidentes y diálogos se extraen de la imaginación del autor y no deben ser interpretados como reales.

Ilustración de la portada de Joanna Haber  
Símbolo de fuego de Donovan De León

[www.leleiturrioz.com](http://www.leleiturrioz.com)

ISBN-13: 978-1976488764

Para:

Mi Mamá

Mis dos increíbles hermanos,  
Jorge y Álvaro

Mi Papá

(¡Abrazo grupal!)

# **La Ciudad de Nádúr Noc**



# **Capítulo 1**

## *El Sueño*

POLVO. Todo estaba cubierto de polvo y cenizas.

Nádúr Noc, la ciudad principal de Terra, fue una vez hermosa y llena de vida. No esa noche, la noche en que la oscuridad descendió de la lejana tierra de Ifreann.

Ahora, la ciudad redonda de Nádúr Noc era sombría, estaba quemada y completamente destruida. Los árboles ya no eran grandes; y sus brillantes colores verdes y dorados fueron reemplazados por un gris opaco.

El río Enosi, un río que rodeaba la ciudad con su agua cristalina pacífica, era ahora un rápido de sangre y de muerte. En cuanto al cielo, una vez brillante y azul, estaba lleno de un humo oscuro tan denso que hacía casi imposible ver los restos del Palacio de Zansèt; un magnífico palacio en el centro de la ciudad hecho de perlas, flores, rocas, árboles y vides.

No, en esa noche no había música ni risas. Lo único que se podía oír eran los gritos y las súplicas desoladas de los habitantes. Miedo, dolor y una pérdida inimaginable.

Esta ciudad destruida no eran las ruinas de ninguna guerra ordinaria; eran las ruinas de la batalla entre el lado puro de la naturaleza y el más oscuro de los males. Bestias y otras horrendas criaturas destruían lo que encontraban, matando todo lo que cruzaba a su vista. Criaturas sin alma que vivían para torturar sin responderle a nadie. A nadie más que a Él, a aquel que poseía la oscuridad. Él, al que hasta el propio infierno le tenía miedo.

En las afueras de Nádúr Noc, a través del río Enosi, cuatro de los guerreros de la élite de Terra se encontraban sobre una colina. Con terror e impotencia, observaron cómo su ciudad sagrada se quemaba hasta convertirse en cenizas.

Uno de esos hombres era Hans; un guerrero alto y fuerte, con ojos azul eléctrico,

una barba rubia espesa y la cicatriz de unas garras de oso que le recorría del cuello al pecho. A plena vista se podía notar que Hans no era un guerrero ordinario. A la temprana edad de veintisiete, él ya era un destacado portador de tierra, el líder más joven que el Clan Mayor haya tenido y el encargado de asegurar la supervivencia de esta última misión.

Esa noche, Hans llevaba una manta marrón enrollada en un bulto. El valor de esa carga era mucho más importante que todas las riquezas del mundo, ya que el mismo universo dependía de su supervivencia.

—Llegamos tarde —gritó un guerrero calvo.

—Lamentablemente sí, pero todavía podemos lograrlo —dijo Nobu, un hombre asiático de estatura baja, cuerpo musculoso y con un tatuaje de dos hermosos pescados Koi en su hombro izquierdo.

—¡Miren la ciudad! —El guerrero calvo señaló la guerra. Casas ardiendo, gente corriendo, bestias y fuego destruyendo todo a voluntad. Su cuerpo podría haber estado plantado al suelo tan sólido como una roca, pero su mano temblaba —Es imposible llegar al palacio, tiene que haber otra manera de lograrlo.

—No la hay, nuestra única esperanza es llegar Zansét, —explicó Nobu.

Hans miró a su alrededor en todas direcciones. Además de rodear la ciudad, el río Enosi tenía diez arroyos igualmente espaciados que fluían de la orilla del río, a través de la ciudad, hasta topar con la orilla de la plaza principal —Usaremos uno de los arroyos de Nádúr para llegar a la plaza, a partir de ahí tendremos una distancia considerable que recorrer hasta llegar al palacio, —anunció Hans después de hacer los cálculos. —Prepararse.

Mientras los guerreros se alistaban para cruzar las aguas hacia el palacio, el cuarto guerrero preguntó —¿Es verdad? ¿Él está realmente aquí?

Hubo un momento de silencio. La respuesta era obvia, así como el temor de admitirlo en voz alta.

Finalmente, Hans miró fijamente su carga encomendada. —Es cierto. Él fue el primero en llegar. Necesita asegurarse de que no lo consigamos. —Hans le hizo un gesto a Nobu —Ya sabes que hacer.

—Si capitán. —Nobu descendió la colina seguido por el resto de los guerreros. Con cautela, los hombres corrieron a través de la hierba hasta alcanzar la orilla del río de Enosi.

Finalmente, Nobu se arrodilló junto al borde del río y levantó la mano en dirección al agua ensangrentada. Siguiendo el comando de Nobu, el agua comenzó a girar creando un círculo hueco entre el fondo del río y su superficie. Una vez que las aguas estaban bajo su control, Nobu guió a Hans y al resto de los guerreros a través del túnel.

Mientras caminaban sin ser detectados, las bestias continuaron con su misión de destrozar todos los cuerpos que encontraban en su camino. El espeso olor a hierro y sangre se aferraba a los pulmones de las víctimas mientras ahogaban su último respiro.

Con un ritmo calculado, el grupo de guerreros llegó a la base de la plaza principal de la ciudad

Hans disminuyó su velocidad. —Atentos, hemos llegado.

Nobu movió lentamente su mano a través del aire permitiendo que una pequeña porción de agua se deslizara desde las paredes del túnel hasta inundar todo alrededor de sus pies. Hans sostuvo el bullo firmemente con un brazo y se preparó para el ascenso. Poco a poco, el agua llenó el túnel y levantó a los guerreros hacia la cornisa de la plaza. Con el agua ya casi en la cima, Hans y el resto subieron a la plaza principal. Un lugar en donde antes había docenas de joyas incrustadas en el suelo, gente sonriente y flores por todas partes, ahora solo quedaban cadáveres, sangre, ruinas y hedor.

La plaza redonda separaba la orilla de los diez canales de agua del Palacio de Zansèt. A medio camino entre la orilla del canal y el palacio, pasando el mercado, había un árbol quemado y en su tronco había una mezcla de símbolos tallados de todas las culturas conocidas por el ser humano. Era conocido como el Primer Árbol.

Con un silencio impresionante, los guerreros de elite se deslizaron sobre la tierra seca y se escondieron detrás de algunas de las ruinas más cercanas. En el mercado, los gritos eran más fuertes, el olor a muerte era aún más potente. Los aldeanos corrían en todas direcciones, pero era inútil, el humo era tan espeso y las bestias estaban tan acostumbradas a la oscuridad que sus presas no tenían oportunidad alguna de sobrevivir. Y ahí, en medio del caos, estaba el palacio en decadencia. Su bandera, medio quemada, todavía agitaba el emblema de Nádúr Noc, los cuatro elementos grabados alrededor del Primer Árbol.

SWISH! De la nada, una araña negra de diez metros de altura saltó de una de las ruinas y aterrizó a pocos metros del grupo. En todo el universo nunca había existido una abominación como el Skuggor. Con unos ojos rojos que podían ver movimiento incluso en el lugar más oscuro y tres colas de escorpión tan duras y gruesas que eran casi imposibles de penetrar, los Skuggors eran desagradables criaturas de la oscuridad que atacaban a todo ser viviente. Ellos disfrutaban desgarrar a sus víctimas y eran tan rápidos que se decía que no existía ninguna creación que lograra alcanzar o escapar de estas bestias.

Sin ser detectado por el grupo, un Skuggor saltó y agarró al cuarto guerrero. En segundos, la bestia lo hizo pedazos con sus colas y dientes. Sin mirar atrás, los guerreros corrieron lo más rápido que pudo, pero las bestias eran más veloces. Otro Skuggor saltó de las cenizas, sólo que esta vez Nobu abrió la mano y varias gotas de

agua comenzaron aemerger de los poros de su palma. El agua levitó a unos centímetros de su piel y comenzó a girar hasta formar tres estacas puntiagudas. Nobu agitó su mano y lanzó las estacas hacia los ojos de la bestia. –¡No se detengan! –le gritó al resto del grupo.

Un silbido escalofriante se escuchó por toda la plaza –¡Draak! –advirtió con terror el guerrero calvo antes de que el dragón se lo llevara. Los Draak eran terribles bestias que acechaban desde el cielo. Con una altura de sesenta metros, los intimidantes dragones estaban hechos de huesos con picos en los codos, en la cola y en la parte superior de sus enormes alas de murciélagos. Los Draaks eran las criaturas más temidas de Terra, también se les conocía como los “susuradores de la muerte” ya que lo último que sus víctimas escuchaban era un suave murmullo justo antes de que las garras del Draak perforaran su piel y se las llevaran.

Hans giró hacia el Draak. Sin soltar el bulto, levantó su mano libre y convocó dos gruesas raíces de la tierra. Las raíces agarraron la pierna del Draak y lo jalaron hasta estrellarlo contra el suelo. La bestia se levantó como si nada hubiera pasado y atacó a un aldeano cercano.

–¡Nobu, sigue adelante! –Gritó Hans mientras aceleraban el paso hacia el palacio. Sus pulmones se llenaron de ceniza, sus pies estaban empapados en sangre, pero aun así, ellos siguieron corriendo hacia el castillo.

Un tercer Skuggor corrió en su dirección y saltó, apuntando a Hans. El Skuggor estaba a punto de llegar a él, cuando ¡SLAM!, una bola de fuego golpeó a la bestia lanzándolo lejos de su objetivo. El Skuggor puso su atención hacia un joven aldeano que estaba apuntándolo con su temblorosa palma rodeada de llamas. Los ojos rojos de la bestia resplandecieron de furia mientras gruñía y despedazaba el cuerpo del campesino. Otra vida perdida, un sacrificio voluntario ofrecido para asegurar la supervivencia de la preciada carga.

Con el tiempo extra otorgado por el aldeano sacrificado, Hans se detuvo y le pasó el bulto de sábanas marrón a Nobu –Hagas lo que hagas, no los dejes acercarse.

Nobu cargó con cuidado el bulto de sábanas. Hubo un momento de indecisión hasta que Hans colocó su mano izquierda sobre el hombro izquierdo de Nobu –Agnosco, –le dijo firmemente.

Nobu colocó su mano derecha sobre el hombro derecho de Hans, creando una X y repitió la misma palabra –Agnosco.

–Fue un placer servir contigo –Hans sonrió y apartó la mano –Corre, amigo mío, corre –Y Nobu corrió como le ordenó su capitán y mejor amigo.

Una vez solo, Hans agitó su mano derecha en ambas direcciones y le sonrió a la bestia. El suelo se agrietó hasta que un montón de vides y raíces salieron hasta alcanzar sus manos. Con un ligero movimiento de sus muñecas, las vides se levantaron creando una pared alta y gruesa entre los guerreros y las bestias.

Nobu sujetó fuertemente el bulto y continuó corriendo rápido hasta que oyó el horroroso susurro de dos Draaks seguido por el último grito de Hans. La pared de la vid cayó con un fuerte crujido y Nobu supo que todo había terminado. La sangre en sus venas se enfrió y sus pies dejaron de moverse. No había manera de escapar del Skuggor. Nadie jamás lo había hecho, nadie lo haría jamás. No en ese reino.

Derrotado, Nobu se arrodilló y desenvolvió el bulto. Una pequeña niña de seis años con los ojos grises y el cabello rojo enredado, parpadeó confundida.

—Ocúltate aquí, princesa. Voy a dirigirme al lado contrario para alejar al Skuggor de ti. Cuando se vaya, corre tan rápido como puedas al palacio. —Nobu pasó su mano sobre el cabello enredado de la niña —¿Recuerdas dónde está la entrada secreta? —La niña asintió, —bien. —Él sonrió, pero sus ojos seguían tristes y preocupados —No importa lo que escuches, no dejes de correr, —Nobu besó la frente de la niña —Y cuando vuelvas a ver a mi hija, por favor, dile que la quiero, —le susurró al oído antes de esconderla entre los cuerpos de dos aldeanos caídos.

Después de asegurarse rápidamente de que la pequeña no era visible, Nobu se puso de pie y corrió hacia el lado contrario del palacio atrayendo al Skuggor lejos de la pequeña.

Una vez que todas las criaturas se habían ido, la niña de cabello rojo corrió hacia Zansèt, pero, en cuestión de minutos, el Skuggor mató a Nobu y había ido en su búsqueda. Ella podía verla, la entrada secreta del Palacio Zansèt, pero no había forma de llegar a tiempo. La niña se sentó en el piso y las raíces del Primer Árbol salieron del suelo creando una barrera a su alrededor para protegerla. Ya cubierta, se reclinó contra la fortaleza hecha de raíces y acarició una de ellas. —Gracias, —susurró.

Para poder concentrarse y ver mejor, limpió el polvo de su cara con las manos. Ella era sólo una niña, pero había algo en ella que daba la sensación de una madurez mucho mayor para su edad.

Calmada, se concentró en su respiración. Era como si entendiera todo a su alrededor; ella estaba tranquila y estable, lista para pelear si llegaba a eso. No tenía miedo, sabía lo que tenía que hacer y reconocía el destino que enfrentaría si la llegaran a descubrir.

De pronto, escuchó el golpeteo de unos pasos acelerados. El sonido provenía en dirección del palacio y se hacía cada vez más fuerte. Las raíces del Primer Árbol crecieron aún más grandes para poder ofrecerle mayor cobertura. *Esto fue todo, Él ya me encontró*, pensó. Sin miedo alguno, levantó la mano derecha hacia la dirección del intruso y en su muñeca bajo la palma, brilló su marca de nacimiento, un símbolo de la Rueda del Ser.

En el momento en que ella estaba a punto de atacar, un niño de nueve años, con ojos verdes y con el cabello castaño claro desordenado, la detuvo. —Cuidado, pequeña! Soy yo.

La niña bajó la mano inmediatamente.

Edan se arrodilló delante de ella. Tratando de calmarla, le cubrió los ojos con una mano y la abrazó con la otra. —Estoy aquí. —Edan apartó la mano de los ojos de la pequeña permitiendo que lo mirara. Su expresión seria y calmada desapareció dejando a una niña asustada que necesitaba a alguien que la sostuviera —Eso está mejor, —le dijo con una sonrisa tranquilizadora —Vamos, ella te está esperando y no tenemos mucho tiempo.

Edan cargó a la niña. La mantuvo firme, su cara suavemente presionada contra su pecho y corrió lo más rápido que pudo. Cuatro de los Skuggor notaron el movimiento y cambiaron de dirección. Incluso a toda velocidad, las bestias no podían alcanzar a Edan. Tampoco podían sentir su trayectoria.

Al contrario de muchos, Edan no estaba corriendo en línea recta. Lo hacía en diferentes direcciones y cambiaba su ruta constantemente. No fue hasta que se detuvo de golpe, que la niña notó que algo estaba mal. Ella se preparó para luchar contra las bestias, pero no había bestias que los atacaran. La razón por la cual Edan paró en seco fue por Él, el temido, quien se encontraba parado a unos metros delante de ellos.

La oscura figura habló, pero la pequeña no pudo escuchar lo que dijo ya que sus oídos estaban cubiertos por el pecho y los brazos de Edan. Por primera vez en su vida, la niña no podía entender lo que estaba sucediendo. Había oído terribles historias acerca de Él, historias que podrían dar escalofríos de terror al guerrero más valiente de Terra. Y sin embargo, Edan estaba allí, de pie y sin temblar o ni siquiera parpadear. Por el ritmo de su corazón y los movimientos de su cuerpo, la pequeña sabía que Edan estaba afectado por la presencia de Azazel, pero no era miedo lo que sentía, era algo más, sólo que la niña no podía entender qué.

Edan silbió una nota alta. Un Skuggor cercano perdió el control y los atacó. El niño tomó un pequeño cristal con un polvo negro de su bolsillo, lo lanzó hacia el Skuggor y sin soltar a la pequeña, se agachó.

El cristal se rompió al impacto soltando el polvo negro en los ojos del Skuggor. La bestia saltó sobre el cuerpo encorvado de Edan y atacó por accidente a su amo, dándole al niño una pequeña ventaja para escapar y correr hacia el palacio.

Acelerando su paso, el muchacho llegó a las puertas principales del Palacio de Zansèt y las cerró. Desafortunadamente, Azazel tronó el cuello de la bestia y los persiguió.

Edan se escondió detrás de una columna y colocó su dedo contra sus labios. La niña permaneció en silencio siguiendo las instrucciones. Edan caminó hacia una pared de mármol y abrió un compartimiento secreto entre una serie de ramas y árboles.

Caminaron entre las raíces y la tierra, llegando finalmente a una habitación que aún no había sido tocada por la oscuridad. El cuarto permanecía puro y completamente impresionante. El lugar estaba hecho de pétalos, vides, piedras preciosas y agua deslizándose en cascadas. Los gritos de tortura y muerte de afuera no podían ser

escuchados, la sangre no podía ser vista y el olor dentro de aquél lugar era refrescante. Ese cuarto era la verdadera esencia de Nádúr Noc.

—¿Tanya? —Gritó Edan.

Una mujer de largo cabello negro y grandes ojos grises entró por una de las puertas, corrió hacia la chica y la abrazó. —¡Mi bebé! Mi hermosa niña. —Ella cubrió a la chica con besos y caricias. —Gracias por traérmela, Edan, —la mujer sonrió y besó la frente de la pequeña por segunda vez. —Finalmente estás aquí, lo lograste —Su rostro cambió de felicidad a un dolor tan fuerte que sólo una madre que ha perdido a un niño podría entender. —Tú lo lograste, pero nosotros no lo haremos. Lo siento mucho, mi pequeña. —Tanya movió la mano y unas ramas crecieron hasta que llegaron a su mano. De las ramas, una pequeña caja cayó en su palma. Tanya abrió la caja y sacó un antiguo medallón de plata con la letra “G” grabada en medio. Tanya caminó detrás de la niña y abrió la cadena. La pequeña movió sus manos en círculos y una ráfaga de viento hizo que su cabellera roja se enrollara en un moño. Tanya le colocó el collar y le dio una caricia en el cuello.

¡BAM! Se escuchó un fuerte golpe contra la pared. Los gritos ahora eran audibles dentro de la habitación. Eso sólo significaba una cosa: Él los había encontrado. Se estaba acercando. —¡Edan! —Tanya jadeó. El cabello de la niña cayó por su espalda y Tanya la levantó entre sus brazos.

Sin perder tiempo, Edan movió sus brazos en círculos, creando una hermosa burbuja de fuego azul. La niña se aferró al cuello de su madre. —No cariño, déjame ir —rogó la madre.

—No puedo, —la niña lloró. —No quiero hacerlo.

—Tienes que hacerlo, por el bien de todos nosotros. —Entendiendo las palabras de su madre, la niña bajó los brazos. Tanya le dio un beso de despedida antes de colocarla en la burbuja de fuego. Un momento desgarrador entre una madre y su hija, sabiendo que sería la última vez que se verían. Tanya besó la nariz de la pequeña y presionó suavemente el medallón contra el pecho de la niña. —Nunca te lo quites, —dijo mientras la bola de fuego se cerraba.

Una vez cerrada, todo se oscureció, todo quedó en silencio...

Todo... hasta que la alarma de un reloj sonó como loca.

## **Capítulo 2**

### ***Una Vida Muy Ordinaria***

#### ***DOCE AÑOS MÁS TARDE (Actualidad, Tierra)***

LA ALARMA SE ENCENDIÓ y sonó hasta que una mano con el símbolo de la Rueda del Ser marcado bajo la muñeca derecha, salió de un bulto de mantas azules. De un solo golpe, la mano tiró el despertador de la mesa de noche. —¡Cállate!— bostezó la chica dentro de la montaña de mantas mientras se movía para desenvolverse, revelando a una pelirroja de dieciocho años. Su pálida piel contrastaba contra el azul de la tela y su ondulado cabello rojo caía como una cascada sobre sus hombros hasta la espalda.

Su nombre era G, o al menos así era como todos la llamaban. Durante doce años ella había estado viviendo en el orfanato de Truckee en el norte de California. No tenía memoria de quién era, de dónde venía o de cómo había llegado allí. Sólo sabía que, por alguna extraña razón, ella tenía la misma pesadilla todas las noches y que no importaba lo que hiciera, o lo que intentara, nunca podría quitarse el collar.

La chica abrió sus ojos grises y miró al techo mientras acariciaba su collar antiguo de plata. Su dedo recorrió una y otra vez la letra “G” que tenía grabada el medallón.

A veces es peligroso no saber quién eres, de qué eres capaz y qué futuro te espera, especialmente cuando la oscuridad que masacró a toda tu familia y a tu mundo está a punto de encontrarte.

\* \* \*

G todavía estaba acostada en su cama cuando su desgastado teléfono celular vibró. En lugar de responder, G jaló la almohada y se cubrió el rostro. El ruido de la vibración y la luz hacían que le doliera mucho la cabeza.

Hasta donde podía recordar, G había sufrido de migrañas. Cuando era pequeña eran soportables, pero cuanto más crecía, más fuerte se hizo el dolor. Abrazó la almohada y se dio la vuelta, haciendo que su cabello resbalara por la nuca. Por segunda vez sonó el teléfono. Esta vez sí contestó. —Hola, Priy —saludó sin siquiera mirar el identificador de llamadas.

—¡Despierta, floja! —Priyam gritó.

G se encogió de dolor por el fuerte chillido. Evadiendo la luz, giró suavemente hacia el lado contrario y miró la cama vacía que se encontraba junto a la suya —¿Priy, qué haces fuera de la cama?

—Necesitaba comprar tu regalo antes de tu cita con el médico.

—Priy... —G se quejó. —Ya sab—

—Lo sé, lo sé —la interrumpió Priyam. —Odias cualquier cosa relacionada con tu cumpleaños, pero honestamente no me importa.

G recordó la vez en que Priyam fabricó una licencia de conducir falsa y manejó hasta San Diego sólo porque nadie podía llevarla a Comic-Con. No tenía sentido discutir con ella. Era más terca que nada. —Gracias. Aunque, la cita con mi médico es hasta las 9.

—Son las 8:30 —dijo Priyam.

G sintió una oleada de ansiedad recorrer sus venas, dejando su piel hormigueando.

—No, no. Ayer puse la alarma de mi reloj para que sonara a las 7, —cubrió su cabeza con la manta para bloquear la luz del sol.

—¿Te refieres al reloj que destrozaste mientras salía de la habitación?

G rápidamente miró a su mesita de noche... nada. Entonces, mirando hacia abajo en el suelo lo encontró, el despertador hecho pedazos. —¡No! ¡No!

Priyam soltó una carcajada por el teléfono, —nos vemos en frente del café en cinco minutos.

—Está bien. —G colgó y se arrastró por su cuarto hasta el armario.

La recamara se encontraba dividida en dos. El lado de Priyam estaba lleno de color, telas, colecciónables de *El Señor de los Anillos*, carteles de *Star Wars*, computadoras, gadgets de computadoras que utilizaba para sus trabajos de *hacking* y programación, y decoraciones hindúes. En cambio, el lado de G no tenía decoraciones excepto un armario de madera, decenas de macetas con diferentes tipos de plantas, un montón de libros y una enorme ventana junto a su cama.

Fuera de la ventana, rodeado por una capa blanca y esponjosa de nieve, se encontraba el Primer Árbol, sólo que esta vez no estaba en su pesadilla. Estaba vivo y lleno de hojas. A lo largo de los años, una de sus ramas creció a través de la pared pegándose contra esta, una parte de la ventana y la mitad del techo sobre la cama de G creando un dosel en forma de capullo protector, dando a su lado de la habitación una sensación rústica y algo mágica.

Después de ponerse sus jeans, una camiseta y un abrigo verde oliva, G salió de la

habitación y corrió hacia la calle.

Truckee era pequeño, incluso para los estándares de un pueblo. Algunos de sus mejores puntos turísticos eran los amables habitantes y el hecho de que el pueblo estaba completamente inmerso en la naturaleza. Truckee era una mezcla de casas, carreteras y acres de bosque.

Junto al orfanato de G estaba una de las secciones del bosque más frondosa y, justo al otro lado, se encontraba el centro del pueblo. G, decidió tomar el atajo a través del bosque, tendría que correr con cuidado, pero ya iba demasiado tarde como para preocuparse por eso.

A la mitad de su camino, un débil gruñido atrapó su atención mientras saltaba las raíces de un árbol. Curiosa, se detuvo por un momento y miró hacia dónde provenía el ruido.

Desde que era pequeña tenía un don extraordinario para meterse en problemas. Cuando tenía ocho años, se rompió la pierna después de caer del techo del vecino mientras trataba de salvar a un pájaro que no paraba de llorar; otra vez, el orfanato entero tuvo que ser evacuado porque ella empujó una colmena dentro de la casa para mantener a las abejas calientes y lejos de la nieve helada; y el año pasado le tomó dos noches a un bombero encontrarla después de que se perdió tratando de ayudar a un coyote herido a encontrar su manada. ¡*Deja de andar por ahí!* La Señorita Brown, la encargada del orfanato, solía gritarle a cada rato. Pero como siempre, G ignoró el sermón de la anciana y siguió el camino de dónde provenía el ruido.

G notó que entre más se adentraba en el bosque el gruñido se hacía cada vez más fuerte hasta que de pronto el ruido desapareció por completo. Se detuvo y cerró los ojos para concentrarse en encontrar el ruido, pero esta vez no fue lo que escuchó. Esta vez, el gruñido sonaba más como una respiración. Una respiración pesada... y provenía justo detrás de ella.

*Oh, oh...*

Volteó lentamente para enfrentarse a la fuente de la respiración solo para darse cuenta de que estaba parada a unos cuantos metros de un enorme lobo. *Maldita sea, Señorita Brown*, pensó.

En un instante, el lobo gruñó ferozmente y movió su pesada pata hacia ella. Por suerte, se las arregló para poder esquivarla antes de ser golpeada.

¡SWISH! Las afiladas garras se estrellaron contra un árbol. Trozos de corteza, pequeños cachos de árbol y hojas cayeron sobre ella.

G aprovechó el momento para escapar, saltó hacia atrás, corriendo tan rápido como pudo para alejarse del lobo. De repente, se detuvo. Algo estaba mal... ¿*Por qué no me sigue? Puede ser porque está cuidando algo...* Pero no vi cachorros ni nada a su alrededor como para

*protegerlos.* Tenía que haber otra razón.

G apretó los puños y respiró hondo. —No lo hagas, —se ordenó a sí misma. —Sólo sigue corriendo, G. —Pero el dolor de dejar a un animal potencialmente dañado era más fuerte que su miedo al animal mismo. Así que contra todo el sentido común del mundo regresó a donde se encontraba el lobo.

Por segunda vez, el animal la vio y gruñó aún más fuerte. Esta vez G no reaccionó. En cambio, caminó lentamente hacia el lobo para ver cuál era el problema. Una trampa de metal para osos estaba cerrada aferrada en su pata ensangrentada. La cabeza de G palpitaba de ira. No podía entender por qué la gente les hacía esto a los animales.

Ignorando su propio dolor, dio un paso adelante. El lobo gruñó. —No voy a lastimarte, —dijo mientras alzaba una de sus manos hacia el lobo. Sin bajar la mano, se arrodilló junto a la trampa y la estudió para poder abrirla. Con cuidado pasó sus dedos por el metal y el animal movió su pata.

—Quédate quieto, lobo terco. —Le dijo con una voz suave, pero el lobo protestó más fuerte. Con movimientos delicados, sacó las cuerdas para liberar la trampa. Usando ambas manos, ella tomó los aros exteriores y desenterró los dientes metálicos de la pata del lobo, luego la cerró de nuevo para que no pudiera lastimar a otra criatura.

Finalmente liberado, el lobo se estiró y se acercó a G. Ella sonrió y por instinto, levantó la mano hacia el animal. Para su sorpresa, el enorme lobo presionó su frente contra su palma. Sin miedo, ella deslizó su mano hacia la cabeza del lobo y apoyó su frente contra la del animal.

En ese momento, no sintió nada más que la libertad del lobo y de sí misma. Sabía que era imposible, pero en cierto modo se sentía como si el animal la comprendiera, de la misma manera que ella lo comprendía a él. El momento era pura perfección, al menos hasta que recordó que Priyam la estaba esperando.

—Ten cuidado, —murmuró y continuó su camino.

G corrió fuera del bosque mientras pasaba sus manos sacudiendo toda la suciedad y los restos de su ropa y cabello. Siguió su camino por la calle hasta llegar con Priyam Singh, una hindú de diecisiete años con gafas y larga cabellera negra, que la miraba divertida.

Priyam tomó un trozo de corteza del cabello de G. —¿Qué fue esta vez? ¿Un gato perdido, perro enfermo? ¿Zorro en sufrimiento?

—Lobo atrapado, —dijo G, dándole una última arreglo a su abrigo.

—Lobo... Wow, que exótica me saliste hoy. ¿Chai? —Priyam le dio a su amiga una taza caliente de té.

—Eres un ángel! —abrazó a Priyam y tomó un sorbo de su delicioso té mientras ambas caminaban hacia el hospital.

En su camino, G se frotó la frente. Una expresión dolorosa cruzó su rostro. Su

boca se estremeció ante el agudo dolor.

—¿Cómo va hoy? —preguntó Priyam. G negó con la cabeza. El dolor ya la estaba matando desde la mañana y la trampa del lobo solamente lo empeoró. —¿Así de mal? —Peor. Ni siquiera Bobby ayuda ahora.

Priyam dio un largo suspiro. —Sigo creyendo que necesitas cambiarle el nombre.

—¿Qué tiene de malo Bobby? —le dio un trago a su chai.

—¿Qué tiene de malo? Suena a nombre de un tío con una panza cervecera. No exactamente el nombre de un árbol.

—Bueno, a Bobby le gusta —G sonrió, ya que no era la primera vez que Priyam se quejaba de ese nombre.

A los seis años, después de despertar sola en el bosque, G fue enviada al orfanato. Durante años, los posibles futuros padres preguntaban sobre sus antecedentes, y cuando los cuidadores les decían que no había ninguna información, las parejas sonrientes con sus coches de lujo y grandes sueños se iban por opciones más seguras.

La evidente diferencia de personalidad de G con la de los otros niños probablemente tampoco ayudó. G todavía podía sentir el rechazo de la última vez que le pidió a una niña que jugara con ella. La pequeña niña de hoyuelos en los cachetes y con cabello rizado, señaló la extraña marca de nacimiento bajo la muñeca de G y le sacó la lengua.

G no tenía nombre, ni identidad, ni familia, ni amigos. Ella sólo se tenía a sí misma y al enorme árbol que seguía entrando en su habitación sin importar lo que hicieran los gerentes del orfanato para evitarlo.

Todos los días, G solía acurrucarse contra el Primer Árbol. Para todos los demás parecía un árbol normal, pero para ella ese árbol era diferente. No podía explicar cómo, pero las hojas parecían estar separadas de las ramas. Ellas flotaban alrededor del árbol creando una ilusión impresionante.

Uno de esos días estaba allí, apoyada contra el árbol. El único lugar donde se sentía segura, relajada. Como si estuviera en casa.

En momentos como esos, solía cerrar los ojos y soñar con tierras lejanas con árboles dorados, gente cantando y magia. Un lugar donde ella sabía quién era y era amada por ello. Fantaseaba que la mujer en sueños era su madre. Como no tenía una figura paterna, en sus sueños o en la vida real, cuando cumplió los siete años decidió darle a su árbol un nombre masculino.

—¿Stuart? ¿O qué tal John? —Le habló al árbol... Nada. Había pasado cuatro días tratando de escoger un nombre, pero ninguno sonaba bien. —Bobby —La pequeña susurró... y justo entonces, una brisa sutil golpeó la parte superior del árbol haciendo que algunas de sus hojas cayeran en el regazo de la niña. —¡Bobby será! ¡Hola, Bobby!

—¿Con quién hablas? —preguntó una vocecita aguda.

G dio la vuelta y vio a Priyam por primera vez. Priyam, de seis años de edad era muy similar a la Priyam actual, excepto por las coletas dispares y los gruesos lentes de plástico que cubrían la gran parte de sus enormes ojos café chocolate. Priyam miró el árbol y luego rió, —¿Estás hablando con un árbol?

G asintió tímidamente; después de un tiempo en el orfanato, aprendió que su comportamiento inusual era considerado un gran problema, especialmente cuando trataba de hacer amigos. Como aquella vez donde todos se burlaron de ella por leerle un libro al perro de la casa, o cuando ella atacó a uno de los hijos del vecino después de que él pisó unas flores.

Triste, se sentó junto al Primer Árbol y esperó lo inevitable, ver otra persona más corriendo para estar lejos de ella. Pero para su sorpresa, Priyam no huyó, en cambio, sonrió.

—Eres rara, —dijo Priyam mientras sacaba una galleta de chocolate del bolsillo de su enorme overol. —Me agradas, —admitió y extendió su pequeña mano para que G pudiera agarrar la galleta —Ten, cómetela toda.

Sin saber que decir por miedo a perder su nueva amiga, G tomó la galleta y le dio una mordida.

Sonriendo, Priyam se sentó a su lado. —Mi nombre es Priyam y mi mamá y papá están muertos.

G se atragantó con la galleta. Nunca había conocido a alguien tan directa como aquella niña.

—Pero tú también vives aquí entonces es probable que los tuyos también lo estén, ¿verdad? —preguntó Priyam levantando su pequeña ceja.

—No lo sé, —le contestó por primera vez.

—Interesante... —murmuró Priyam para sí misma —¿Y tú cómo te llamas?

—G.

Priyam rió por segunda vez —¿Tu nombre es G? —G asintió y Priyam tomó su mano para saludarla. —Encantada de conocerte, G.

—Y este es Bobby —G pasó su mano sobre la corteza del Primer Árbol.

—¿Bobby? Ugh... Ese nombre es horrible.

—¡G! —Gritó la Priyam de diecisiete años sacándola de su trance.

G sacudió la cabeza y le sonrió a su mejor amiga. —Lo siento, me perdí.

Priyam dejó de caminar. —Ya estamos aquí ¿Estás lista? —le abrió a puerta.

—¿No vas venir?

—No, gracias. Cada vez que veo a tu médico me dan ganas de darle un puñetazo, —admitió Priyam, sonriendo de oreja a oreja.

—Desgraciadamente a mí también. Nos vemos en quince minutos. —G tomó valor y entro al hospital por la puerta grande de cristal que su mejor amiga sostenía.

\* \* \*

El doctor Murie apagó la máquina y comprobó los resultados. Sus ojos azul cielo leyeron un papel inusualmente largo mientras sus cejas blancas se fruncían en su ceño. G deslizó sus sudorosas manos sobre sus jeans. Odiaba lo sudadas que se volvían cada vez que se ponía ansiosa, o en este caso, asustada. Después de hacerse chequeos cada dos meses durante los últimos doce años, G se había convertido en una experta en la lectura de las expresiones del doctor. Y esta vez, estaba segura de que no iba a ser un día con buenas noticias.

La enfermera rubia la ayudó a levantarse y la escoltó a la oficina del doctor.

—Lo siento, G. No hay nada que podamos hacer. La masa gris está cubriendo todo tu cerebro ahora. —El Dr. Murie le dio los resultados de la prueba para que ella pudiera verlo por sí misma.

Efectivamente. Ella comprendió lo que estaba leyendo, pero lo que no podía entender, era cómo el tumor pudo haber duplicado su tamaño en unas pocas semanas cuando antes le tomó años crecer unos cuantos centímetros. —Pero el mes pasado media la mitad de lo que mide ahora.

—Está creciendo más rápido que cualquier cosa que hayamos visto. —El Dr. Murie puso su mano sobre el tembloroso hombro de la chica, —lo siento, no hay manera de que podamos operar ahora.

G sintió que la habitación daba vueltas como si acabara de tomar cinco shots de tequila. —No lo entiendo, —dijo mientras sostenía los resultados.

—Yo tampoco, con esa cantidad de masa gris no deberías estar viva, y, sin embargo, estás aquí con una perfecta respuesta de todos tus órganos y un—

—Una mala memoria, —interrumpió G.

—Tienes una memoria sobresaliente; es sólo tu infancia lo que no puedes recordar.

Respiró hondo y trató de calmarse. Ella no estaba tan asustada por los resultados; al menos no tanto como lo que le molestó no saber la razón de lo que estaba sucediendo. Otra pregunta sin respuesta en su vida. Se enfrentó al doctor —¿Qué puedo hacer?

—Es que... ya no hay nada que puedas hacer, —sus párpados cayeron mientras miraba directamente sus zapatos. —Ni siquiera sabemos qué es ese espacio gris... lo siento.

\* \* \*

G salió de la oficina y caminó fuera del hospital donde Priyam estaba esperándola. —¿Cómo te fue?

—Ya no saben lo que es.

Priyam se burló —¿Ya no? G, nunca han sabido lo que es. Literalmente les tomó

doce años para llegar a la misma conclusión que tenían al principio.

G no dijo nada. Su amiga tenía razón.

—Pareces preocupada.

—Lo estoy.

Priyam le dio una palmadita —No lo estés.

—Pero el doctor dijo que no hay nada que pueda hacer ahora.

—Honestamente creo que tu doctor es un idiota.

—Tú crees que todo el mundo es un idiota —asintió G sintiendo como sus hombros se relajaban.

—Es cierto, pero tu médico se lleva la corona. —Priyam sonrió para calmar a su amiga, —confía en mí, estás perfectamente bien. Además de las migrañas, y el hecho de que no puedes coquetear ni para salvar tu vida, todo acerca de ti está en perfecto estado.

G le dio a un codazo cariñoso. —Wow, gracias.

Priyam abrió su mochila y empezó a buscar dentro de ella, —no me agradezcas hasta que veas tu precioso regalo.

—Priy, ¿cuántas veces te he dicho? hoy no es mi cumpleaños. —Se quejó.

Su mejor amiga la ignoró y sacó una pequeña caja envuelta en un periódico desmenuzado, pegada con una docena de curitas. —Bueno, tal vez no lo sea, pero tu cerebro chafa no puede recordar cuándo es, así que esto es mejor que nada.

G tomó el regalo y lo abrió revelando un par de lentes de sol. Eran de un estilo de aviador de color oro, las micas rosadas y tenían una pequeña luna en ambos lados del armazón. Extremadamente feliz, los observó con interés haciendo que Priyam sonriera por su logro. —Llevas unas semanas fregando con lo mucho que la luz afecta tus migrañas, así que lo tomé como una pequeña indirecta.

—No lo fue.

—Puedo regresarlos si quieres, —sugirió Priyam.

—¡No! Los amo. Gracias, —se los probó —¿Cómo me veo?

—Con mucha clase. —Las campanas de la iglesia sonaron a la distancia. Priyam checó la hora —¿Lista para la escuela?

—¿Lo he estado alguna vez?

\* \* \*

Una vez dentro de la Preparatoria de Truckee, G recargó su bolso contra su casillero y buscó su medicación para poder quitarse los lentes de sol sin sentir el dolor punzante que la luz le causaba. Colocó los lentes dentro de su estuche y sacó una botella de agua del casillero. Al abrir la botella, volvió a pensar en su cita con el médico. Sabía que Priyam tenía razón acerca de su salud ya que todavía podía funcionar perfectamente y su vida podría ser llamada “normal”... hasta cierto punto.

—Oh no... no tan temprano, —lloró Priyam.

G se dio la vuelta y miró a Synthia Kearney, una joven de dieciocho años cuyo

rostro parecía más viejo que el de una universitaria y quién siempre vestía ropa dos tallas más pequeñas. Synthia media apenas 156 centímetros de altura pero sus tacones plateados de diez centímetros la elevaban hasta ser un poco más alta que G. Ya fuera que el cielo o las calles estuvieran cubiertas por 20 metros de nieve, daba igual; siempre era un caluroso verano en cuanto a las opciones de ropa de Synthia.

Junto a ella se encontraban Alma-Loo y Diana. Dos minions morenas con un poco más de sentido sobre los cambios climáticos.

—¿Cruda en miércoles? —Exclamó Synthia. —Oh, lo siento, —sacudió sus extensiones de plástico amarillas con el dorso de su mano. —Olvidaba que no tienes amigos con quienes salir, —rió y sus dos secuaces se le unieron.

Como siempre, G la ignoró y siguió tomando su medicina pero Priyam no pudo dejar pasar este glorioso momento. —Ella si tiene amigos, pero todos se fueron en busca del resto de tu falda.

Synthia jadeó, presionando una mano contra su huesudo pecho —Mi atuendo es perfecto.

Priyam sonrió satisfecha con la reacción de Synthia. —Si. Es perfecto si eres una esquinera.

Al igual que con la mayoría de los comentarios sarcásticos de Priyam, Synthia tardó más de lo que debería para reaccionar. —Eres tan tonta, —volteo sus ojos marrón oscuro —¿Por qué iba a ser esquinera si mi casa está en medio de la privada? ¡Vámonos! —Synthia colocó su bolso en su hombro y tambaleó lejos seguida por sus dos sombras.

—¿Oíste eso? —Priyam se carcajeó tanto que sus gafas casi se cayeron de su rostro. —Ella no es una esquinera porque su casa está en medio. Juro que esa chica necesita dejar de blanquear su cabello con productos químicos tan fuertes.

—Puede que no sea brillante, pero tienes que admitir que su sistema inmunológico es increíble. No puedo creer que todavía no haya muerto de neumonía, —dijo G.

—Oh, ¿ahora sí dices algo?

G tomó sus lentes de sol del casillero y los colocó en su mochila por si la luz se hacía más brillante al rato. —No sé a qué te refieres.

—Hace dos minutos ella se quejó de ti y te quedaste en silencio.

G cerró su mochila y la colgó sobre su hombro. —Qué puedo decir, soy pacífica.

—¿Es pacífica la nueva palabra para dejada?

—No soy una dejada. Aparte creo que tú haces un excelente trabajo callándola, —cerró su casillero.

Priyam sonrió complacida —Y estoy súper orgullosa de eso.

Caminando por el pasillo, G seguía mirando a todos. Algunos estaban emocionados, otros enojados y otros tristes. Algunos jugaban con sus teléfonos, varios tomaban fotos unos de otros y dos se mandaban mensajes de texto sin parar.

Para ella, todo en su vida, con la excepción de Bobby y Priyam, hacía que sintiera que le faltaba algo.

Mientras todos hablaban y deseaban estar flacos, salir en citas con un buen número de personas, tener mucho dinero para gastar en cosas inútiles y ser la reina del baile de fin de curso, ella deseaba algo más. Deseaba saber quién era, tener una familia, aventuras increíbles y encontrar ese tipo de amor valiente y leal que tristemente sólo encontraba en sus libros favoritos.

Pero no... La gente a su alrededor valoraba más el tamaño de sus jeans que cualquier rasgo de su personalidad. *Y a mí me llaman rara...* pensó. *Bueno... probablemente me llaman así por otras razones.* Reconoció que, a diferencia de ellos, ella podía entender cosas en los animales que nadie entendía, podía sentir las plantas y las flores. Ella podía sentir cuando la nieve estaba a punto de caer, cuando la primavera estaba apenas comenzando. Esas sensaciones le hacían preguntarse a dónde realmente pertenecía. Sentía como si su vida en Truckee, en esa escuela y en todas partes, no fuera real. Se sentía como si estuviera viviendo dentro de uno de los videojuegos a los que Priyam le encantaba jugar. Como si esperara que comenzara su vida. Como si estuviera en un estado constante de pausa.

A la mitad del pasillo, G y Priyam notaron que había demasiada commoción entre los estudiantes.

—¿Qué está pasando? —le preguntó G a una de las alumnas más emocionadas.

—Tenemos nueva mercancía sexy, —la estudiante se sonrojó.

—Pobre mujer, —dijo Priyam mientras se ataba su hermoso cabello negro en una cola de caballo.

—No, —una alumna de último grado sonrió como un niño en una tienda de juguetes en Navidad. —No es mujer, es un maestro y dicen que está guapísimo.

Priyam se detuvo instantáneamente. Maestros atractivos eran criaturas raras en esa escuela, y como siempre, ella necesitaba información —¿Cuál es su nombre? ¿Qué clase va a dar?

—Es el Sr. Blau y va a darle química al último grado.

—¡Sí! ¡Vamos a tener nuestro propio *Ezra Fitz*! —gritó Priyam súper emocionada.

G sonrió ante la mención del famoso personaje de *Pretty Little Liars* su amiga era definitivamente un pozo sin fondo de referencias de la cultura pop —¿Desde cuándo te importa qué profesor tienes?

—Desde que la palabra “sexy” se adjuntó a la palabra “maestro”, —Priyam explicó, aunque ella juraba que la respuesta era obvia. —Deberíamos irnos pronto. No quiero perderme de un buen lugar.

Minutos después, llegaron al aula y notaron que toda la primera fila ya estaba ocupada por chicas. —Supongo que no eras la única con la idea de tener un buen lugar, —bromeó G.

La Sra. Smith, una mujer flaca de cabello castaño, entró al aula y vio a todas las

chicas sentadas en el frente, con la excepción de G y Priyam, claro. —Supongo que ya todo el mundo lo sabe, —se dirigió a las niñas entusiasmadas de la primera fila. —Pero para los que no, la Sra. Hale dejó la institución por razones personales. En su lugar vendrá un maestro nuevo, el Sr. Blau.

—¿Qué razones personales? —preguntó G a Priyam, encontrando extraño que alguien como la Sra. Hale abandonara su clase sin una sola palabra. —Esa mujer casi parió a su bebé en el aula gracias a su dedicación a la escuela.

—A quién le importa? No es como si... —Priyam no pudo terminar su frase. Su atención se centró completamente en el nuevo maestro que entró al salón de clases.

El Sr. Blau, un hombre hermoso y alto, de unos veintitantes años, con cabello castaño claro, nariz griega y penetrantes ojos verdes, entró al salón y todos se quedaron en completo silencio.

G sabía que los rumores mencionaban que el nuevo maestro era sexy pero esto era ridículo. Entre la presencia intimidante y sus rasgos marcados, su expresión era fría y calculadora.

Había un contraste entre juventud y madurez. Su rostro parecía joven, pero sus modales y ropa le daban un ambiente elegante y viejo. Su postura era impecable, así como su cuerpo. La tela de sus pantalones y su chaleco ajustado marcaban su figura, mientras las mangas enrolladas de su camisa acentuaban sus torneados y musculosos brazos. Un elegante brazalete de cuero negro cubría su antebrazo izquierdo desde la muñeca hasta unos centímetros por debajo de su manga. Algo había acerca de ese brazalete que hizo que G pensara en uno de los herreros con los que a Priyam le gustaba coquetear en la feria anual del Renacimiento.

El Sr. Blau miró a sus estudiantes y se detuvo en G.

*Wow...* Su belleza era impresionante.

G sintió como si un poderoso imán la jalara hacia él, pero a diferencia de todos los demás, no era su aspecto lo que la encantaba, era la extraña sensación de familiaridad y la necesidad que tenía de su aprobación. Se sentía como si lo conociera, y más que eso, sentía que él también la conocía. A la verdadera G, quienquiera que fuera.

—Yo... yo le dejaré tomar tu clase, —la maestra tartamudeó cuando el Sr. Blau se acercó a donde estaba ella. —Cualquier otra pregunta, siéntase libre de pasar por mi oficina, —le comentó antes de salir del salón.

—Muchas gracias, Sra. Smith —respondió el Sr. Blau con un marcado acento británico.

—Oh, mierda... —Priyam jadeó y miró a G como si hubiera ganado la lotería, pero G seguía manteniendo contacto visual con el Sr. Blau.

La masculina mandíbula del Sr. Blau se apretó por unos segundos antes de apartar su mirada. Caminó hacia la pizarra. —Como se les dijo anteriormente, mi nombre es Sr. Blau, —escribió su nombre.

Synthia alzó la mano y se inclinó ligeramente para mostrar más escote —¿Puedo llamarla Blau? —preguntó con una voz sensual.

El Sr. Blau se dio la vuelta y la miró. Su rostro no tenía emoción alguna —¿Dice solamente Blau en el pizarrón?

Synthia se movió el cabello y soltó una risita. —No.

—Entonces no puedes, —respondió en un tono frío mientras sacaba un libro de su maletín —¿Puede alguien decírmel en qué página y a qué tema llegaron con la Sra. Hale?

Siendo la sabelotodo que siempre ha sido, Priyam levantó la mano. Pero antes de que pudiera contestar, Synthia saltó. —Así que, ¿eres como de otro país o qué?

El Sr. Blau colocó el libro encima de su escritorio. —Lo siento señorita, ¿tiene problemas de oído?

—Ay no, en lo absoluto, —ella carcajeó por segunda vez, aumentando el ya existente dolor de cabeza de G. —Me gusta oír la música reggaeton. —Y a ti?

Priyam sonrió mientras G y el resto de la clase se congelaron. Aunque acababan de conocer al Sr. Blau, todos se dieron cuenta de que jugar con él era una idea terrible. Synthia, como siempre, era ignorante de ese hecho.

El Sr. Blau se acercó a ella y se inclinó para que sus manos pudieran alcanzar su escritorio. —¿Estás en la clase correcta? Tienes plena conciencia de que esta clase es química de último grado, ¿no?

—Bueno... —dijo Synthia.

El Sr. Blau levantó una de sus manos para callarla. —Contesta sí o no.

—Sí y sí, —dijo ella.

El Sr. Blau se enderezó y señaló la puerta. —Fuera de mi clase.

—¿Qué?! ¿Por qué? —Synthia se quejó mientras toda la clase se fijaba en lo que Priyam llamaría “un magnífico espectáculo”.

El Sr. Blau se acercó a la puerta y la abrió. —Porque me niego a enseñar una clase de preparatoria a una persona que actúa como si estuviera en la escuela primaria. Ahora vete.

Priyam miró a G con entusiasmo —¡Lo amo!

—¿Por qué? ¡Es un dictador! —G susurró. Ella sabía que Synthia no era la más brillante, pero no podía creer lo grosero que era el profesor con ella.

Synthia agarró su bolso y salió de la clase haciendo el mayor drama posible. El Sr. Blau cerró la puerta, caminó hacia el centro de la clase y miró directamente a G. —Página y tema, —le preguntó.

—107. Los principios del equilibrio químico, —respondió G.

Por un segundo, el Sr. Blau alzó su gruesa ceja. —Empiecen a leer, —exigió y regresó al pizarrón para continuar su clase.

Mientras tanto, G sintió una pizca de curiosidad y nervios, como si presintiera que algo estaba a punto de cambiar.

## **Capítulo 3**

### **Avenida de la Sierra 1014-12**

AVENIDA DE LA SIERRA 1014-12, parecía una casa normal. De hecho, era una casa normal... al menos ante los ojos de los vecinos.

La casa tenía una ubicación muy conveniente. Se encontraba justo enfrente de la preparatoria y a pocos minutos de la calle principal. Estaba pintada con tonos suaves de naranja y tenía una cerca de madera que protegía un jardín. Bastante normal, uno podría pensar.

Pero lo que nadie sabía de este lugar era que estaba cubierto con marcas de luz hechas por cristales especiales, que había más de diez salidas secretas y que pronto sería el hogar de seis ocupantes que no eran nada humanos.

En el interior, la casa estaba impecablemente limpia con unos cuantos artefactos colgantes de cristal, armas especiales y símbolos que hacían que el lugar pareciera un mercado bohemio con un caso severo de DOC.

El Sr. Blau abrió los ojos y se concentró en el calendario vacío que colgaba en la pared de su dormitorio... Diciembre.

Aunque no había nada escrito en el mes, él no podía dejar de mirarlo fijamente, como si el tiempo simplemente se hubiera detenido.

A pesar de que no tenían escuela ese día, el Sr. Blau llevaba el brazalete de cuero en el antebrazo y una elegante camisa con mangas largas arremangadas que lo hacían parecer tenso. El mismo atuendo que llevaba cada día. Aunque estaba descansando en la cama, parecía rígido. Como si viviera en un estado perpetuo de estrés.

De pronto, el Sr. Blau miró hacia la dirección de la ventana, sus sentidos le advirtieron que algo venía. Agarró la daga de cristal de Rondel escondida debajo de su cama y en cuestión de segundos estaba junto al borde de la ventana. Tratando de no mover la cortina demasiado, echó un vistazo.

Enseguida, su mandíbula apretada se relajó, dejó la daga de cristal sobre la mesa a

su lado y salió de la habitación.

Abrió la puerta principal y vio a Willow Thénardier, una niña de diecinueve años con el cabello rubio pálido y ondulado, la nariz recta y pecosa y vestida de pies a cabeza con ropa deportiva. Ella estaba esparciendo semillas por todo el jardín. Una vez que terminó, levantó su mano izquierda, donde tenía una marca tribal circular de un árbol con una hoja grabada en la parte posterior de su muñeca. La chica movió la mano y decenas de flores de color azul claro crecieron.

—¿Ni siquiera has desempacado y ya estás decorando? —Preguntó el Sr. Blau.

—Es acónito de Terra, —le explicó con una sonrisa coqueta en los labios. —Pensé que la casa necesitaba un poco más de seguridad, —hizo un puño con su mano.

—No lo necesita, Willow, —la corrigió inmediatamente. —Además, el acónito es conocido por ser venenoso.

Willow abrió el puño y las flores florecieron hasta su última etapa. —¿Y? Son hermosas.

—No podemos matar a los vecinos.

—Relájate. Son venenosas sólo si se ingieren, —caminó hacia el Sr. Blau. —Te paralizan cuando los tocas, —dijo y se detuvo a unos centímetros de él. —Ha pasado tanto tiempo, Edan, —ella cerró sus hermosos ojos color ámbar y lo abrazó deseando que por lo menos, por una vez, él la abrazara con la misma intención que ella. No lo hizo. —Y veo que sigues igual de frío, —ella sonrió y entró a la casa.

Ya adentro se quitó la chamarra, revelando un pequeño top flotante que se movía suavemente mostrando el tatuaje del árbol Sakura que tenía en sus costillas. El tatuaje parecía una pintura de acuarela. Comenzaba en la parte delantera de su cintura, curvándose lentamente alrededor de su tórax hasta la mitad de su pecho, con la excepción de una rama que lograba cruzar su clavícula hasta la parte inferior de su cuello —¿Ya llegaron los otros?

—Tú eres la primera, —dijo Edan. —Pero el resto estará aquí en cualquier momento.

¡TONK! se escuchó un fuerte ruido desde el jardín. Edan y Willow miraron por la ventana al mismo tiempo.

—Idiota, —siseó Edan mientras Willow sonrió absolutamente satisfecha consigo misma.

Edan le abrió la puerta a Shui Yan, una pequeña mujer china de unos veintiún años que llevaba una gargantilla celta hecha de plata con una lágrima azul colgando.

Shui arrastraba un cuerpo inconsciente fuera del campo de flores. Ese era el cuerpo de Veter Jankovic, un vikingo de veinticuatro años de edad con el cabello color marrón oscuro recogido en un chongo.

—Se lo advertí, —dijo Shui mientras dejaba caer el pesado pie en el suelo y miraba a Edan con sus profundos ojos negros.

—Siempre lo haces, —Edan caminó afuera de la casa para ayudar a Shui antes de que

los vecinos vieran que estaban arrastrando lo que parecía un cadáver dentro de su casa. Se paró junto al cuerpo de Veter y lo levantó. Estaba pesado.

—¿Y los otros? —preguntó Shui. Su sedoso cabello azul se movía de un lado al otro cosquilleando sus caderas mientras ambos movían a Veter.

—Willow ya está aquí. Ustedes son los segundos en llegar, —le respondió.

Mientras arrastraban lo que pesaba casi como un camión, Edan se dio cuenta de que estaban siendo vigilados. Miró a la izquierda y vio a G observándolos, con los ojos muy abiertos, casi incapaz de parpadear.

Edan se volteó fingiendo no notarla. *Maldita sea...* pensó.

Una vez dentro de la casa, Edan y Shui dejaron a Veter en el suelo junto a las escaleras de madera. Willow caminó hacia Shui y la abrazó —¡Shui! ¿Cómo has estado?

—Bien, — le regresó el abrazo. Al igual que Willow, Shui tenía una marca tribal circular en la muñeca izquierda, sólo que la suya no era un árbol con una hoja sino una gota de agua rodeada por dos olas. —Veo que tus plantas se están haciendo cada vez más fuertes.

—Sí, lo siento por eso, —Willow pasó su mano por su cabello. —La casa necesitaba una protección extra.

Shui colocó su bolsa de viaje encima del mostrador de la cocina. —Sabías que Veter no se resistiría a tocarlas.

—Sí, —Willow sonrió. Si había algo que amaba tanto como a sus flores era molestar a Veter. —Pero lo que no sabía era que ustedes iban a venir juntos.

—Ni yo tampoco, — Shui sacó una bolsa pequeña de sus pertenencias.

—Eso es porque no se suponía que lo hicieras, —dijo Edan, poniendo unas verduras y un trozo grueso de carne encima del mostrador de la cocina. —Deben de tener hambre después del viaje. Siéntense, la comida estará lista pronto.

Doce años antes, Edan y el resto del grupo fueron enviados a la Tierra para cuidar y entrenar a la princesa cuando el tiempo llegara. El parlamento les dio tres reglas sencillas: encontrar a su princesa en el momento previamente decidido, no antes ni después; nunca usar sus poderes para herir a los humanos; y el día de la reunión, llegar solos para evitar la atención innecesaria.

Shui se sonrojó. Sabía que su reunión a este tiempo y el haber llegado juntos ya estaba rompiendo dos reglas. Algo que odiaba hacer. —Lo siento mucho. Aparecí delante de mi casa antes de irme.

—Viajar a China sólo para escoltarte, —Willow se burló en desacuerdo. —Suenas 100% a él.

—Toma, —Shui le dio la pequeña bolsa a Willow. —Y sí, así ha sido él toda su vida. Completamente irracional.

Willow abrió la bolsa y vio un puñado de semillas, su corazón palpitó de deleite. — ¡Shui!

—La mayoría son hierbas curativas y algunas otras plantas venenosas que te pueden ser útiles, —Shui miró el cuerpo inconsciente de Veter. —Trata de no usarlos en él.

Willow sonrió pícaramente y colocó la bolsa en su caja de semillas.

¡SLAM! La puerta principal se abrió y una ardilla voladora de color moreno cenizo con una franja blanca en la espalda voló hacia la casa, aterrizando en la cara de Veter. Al caer, el animalito se dobló ligeramente hacia abajo para después estirarse y levantar sus brazos como hacen los gimnastas después de terminar su circuito.

—Excelente aterrizaje, Ícaro! —Aplaudió Donovan Bär, un latino de dieciocho años de edad, con ojos azules eléctricos, cabello color chocolate rapado de la parte de abajo de la cabeza y con una chamarra de cuero negro que colgaba de su antebrazo. Donovan se puso a aplaudir junto a la puerta principal. Tenía el tatuaje de un águila blanca en la espalda. La cabeza del águila estaba justo en la nuca y las alas se extendían a lo ancho de sus hombros hasta las muñecas, así que cada vez que movía los brazos, hacían que pareciera como si el águila volara.

Donovan entró e Ícaro saltó al lado de la comida de Edan.

—No se permiten animales dentro de la casa, —dijo Edan.

—Y sin embargo, aquí estás, —gruñó Donovan mientras atrapaba a Edan en un poderoso abrazo de oso. —Me alegro de verte, mi viejo amigo.

Por primera vez, Edan sonrió. Una sonrisa refrescante y despreocupada. Después de años de no ver a su mejor amigo, finalmente estaban juntos. —Igualmente.

Donovan soltó a Edan y corrió a la comida —¡Sí! ¡Muero de hambre!

—Lávate las manos primero, —le ordenó Shui con su usual tono suave y maternal. —Probablemente acariciaste animales durante todo el día.

—¡Pequeña! —Se abrazaron —¿Cómo va todo?

Ícaro saltó del mostrador y escaló hasta el hombro de Shui.

—Todo está bien, —respondió mientras le hacía cosquillas a la ardilla.

—¡Veter! ¡Despierta, hombre! —Gritó Donovan entusiasmado, pero Veter se quedó inmóvil —¿Tan cansado está?

Shui caminó hacia la cocina, tomó una tetera de cerámica y con la mano izquierda manipuló el agua de un tarro cercano, para que flotara por el aire hasta llegar a la tetera. —No está durmiendo, está inconsciente.

—¿Enserio? —Donovan se emocionó —¿Qué le pasó?

—Willow, —dijeron Edan y Shui al mismo tiempo.

—¡Carajo! ¿Por qué siempre me pierdo las mejores partes? —Donovan rió tan fuerte que apenas podía respirar —¿Es por eso que las flores del jardín son azules?

—¡Oye! No es mi culpa que el gigante esté obsesionado con ese color. Además, Shui le advirtió que no las tocara, —dijo Willow con un toque de orgullo por su trabajo.

Donovan pateó suavemente el pie de Veter. —Hablando del inconsciente, pequeña. —¿Te está cuidando bien?

—Más bien al revés.

—No... ¿Catorce años y no le has dado una oportunidad? —Donovan la miró con los ojos super abiertos. —Pobre chico, realmente es persistente, —dijo Donovan causando que Shui se ruborizara. —¡Hey! Willow, ¿podemos despertar al hombre?

Willow lanzó algunas hojas en la tetera de cerámica —¿Por qué? Me cae mejor cuando está inconsciente.

—Cierto, pero siempre puedo pedirle a Ícaro que te convenza, —Donovan sonrió maliciosamente. Después de años de conocerse, Donovan tenía varias maneras de hacer hablar a Willow, una de ellas era su miedo a los roedores... o cualquier cosa que pareciera uno.

—¡No te atrevas a permitir que esa rata se me acerque! —Willow gritó. Se estremeció de disgusto mientras Ícaro se acercaba a ella completamente consciente de lo que estaba haciendo —¡Bien! Dale esto, —chilló mientras sacaba una botella y se la lanzó a Ícaro antes de que se le acercara más.

Feliz, la ardilla voladora tomó la botella y se la dio a Donovan. —Gracias Willow, no deberías haberlo hecho, —musitó Donovan mientras vaciaba la botella en la boca de Veter.

Como por arte de magia, Veter tosió violentamente y se despertó —¡Eso fue brutal! —habló con un grueso acento serbio. Aun tosiendo, Veter raspó su nariz torcida con el dorso de la mano —¿Quién sabría que esas pequeñas flores me derribarían?

Donovan se rió entre dientes. —Al parecer Shui te lo advirtió.

Veter movió sus dedos a través de su espesa barba morena oscura. —Ahora que lo mencionas, recuerdo que ella dijo algo al respecto.

Se levantó y estrechó la mano de Donovan. —Me alegro de verte, muchacho. Y a ti igual, Ícaro, —el enorme hombre hizo un gesto de amabilidad con el animalito y luego se volvió hacia la cocina. Veter tenía el mismo círculo tribal en la parte superior de su muñeca izquierda, sólo que el suyo era un tornado, del elemento aire. —Buenos días, nena, —le sonrió a Shui. En vez de contestar, ella simplemente levantó su delgada ceja y se alejó, algo que hacía que Veter quisiera perseguirla aún más.

—Qué mala onda, todavía estás vivo, —bromeó Willow.

Veter la miró fijamente con una expresión agria. —Güereja, —le gruñó y luego miró a su alrededor —¿Quién falta?

—Hunter, —contestó Edan.

Veter caminó hacia Edan, pero en lugar de estrecharle la mano se paró frente a él y colocó su mano derecha sobre el hombro derecho de Edan, una señal de honor y respeto. —Agnosco, Kapetan.

Edan imitó el mismo gesto colocando su brazo en el hombro izquierdo de Veter creando una X con ambos brazos. —Agnosco, —le respondió. —Es bueno tenerte de vuelta de tu siesta.

—Y que gloriosa siesta, —bromeó Veter.

Después de terminar sus saludos y su comida, Edan y el resto caminaron hacia el salón principal. Veter se sentó y sacó un grueso puro de vainilla.

—Gracias a todos por venir con tan poca anticipación, —habló Edan. —Durante los últimos doce años nuestra futura reina ha estado más segura permaneciendo lejos de todos nosotros, pero después de su Decimoctava Primavera estará en más peligro que nunca.

—¿Y el collar? —preguntó Shui —¿Le pasó algo?

—No hay nada malo en el collar, pero los poderes de La Princesa se están volviendo demasiado fuertes para ser contenidos, —Edan caminó hacia el centro de la habitación.

—Hace unas semanas, Hunter fue capaz de rastrear su esencia.

Willow sintió como empezaba a temblar su cuerpo —¿Desde dónde la rastreó? ¡¿Por cuánto tiempo?!

—Desde el Amazonas, y sólo por unos minutos.

—¡Desde el Amazonas! —gritó Willow. La distancia del Amazonas al pueblo de Truckee era extremadamente grande, especialmente para poder sentir la esencia alguien. —¿Él ya sabe?! ¿La ha encontrado? —Preguntó asustada.

El miedo inundó la habitación. A pesar de que todo el grupo, menos Edan, fueron enviados a la Tierra antes de la guerra en Nádúr Noc, habían escuchado las historias. Ellos sabían de lo que Azazel era capaz.

Edan se puso en cucillas para estar en contacto visual con Willow. —Tranquilízate Willow. Él es poderoso, pero no es un rastreador. Hunter lo es. El mejor, para ser exactos. No hay forma de que Azazel o alguien más pudiera haberla sentido.

Donovan cruzó los brazos y se apoyó contra la pared. Parecía tranquilo, pero tenía los músculos tensos —¿Cómo puedes estar tan seguro de que no la ha sentido?

Edan se levantó y cruzó la habitación. —Porque si lo hubiera hecho, este lugar estaría lleno de bestias o de Oscuros. Pero no hay nada, el pueblo está limpio.

—Entonces cuál es el plan? —preguntó Donovan.

—Nos quedamos aquí, tomamos turnos para vigilarla y la mantenemos a salvo durante el tiempo que nos queda, —explicó Edan. —Sé que les estoy pidiendo que desobedezcan las órdenes y probablemente cada ley que el parlamento estableció para todos ustedes, pero necesitamos asegurarnos de que nuestra futura reina esté a salvo hasta su Resurgimiento.

Donovan dio un paso adelante. —Cuenta conmigo.

—Y conmigo, —dijo Willow.

Shui levantó la mano. —Conmigo también, Edan.

Veter se levantó del sofá. —Ya sabes que a donde quiera que te dirijas, te seguiré.

Edan dio a todos un asentimiento agradecido.

Hunter, con su desordenado cabello negro cubriendo la mayor parte de su rostro, dio un paso adelante como un gesto de unirse al equipo.

Veter saltó al ver a Hunter. –¡Mierda! –gritó –¿Cómo lo hace? ¡No lo vi entrar! – volteó al resto del grupo –¿Algún de ustedes lo vio? –Todos negaron con la cabeza.

Con apenas quince años, Hunter era el más joven del grupo. Con unos ojos negros, una mirada intensa, un cuerpo flaco que estaba cubierto en su mayoría de cicatrices, el hecho de que nunca hablaba y un pasado desconocido; Hunter era como un animal salvaje.

Aunque todo el mundo lo miraba, Hunter permaneció tranquilo, mientras tallaba un pedazo de madera con un cuchillo.

–¡Y ya tiene hasta su cuchillo afuera! –Donovan aplaudió –¡Este niño es un ninja!

–Déjalo ser, –Edan tomó una bolsa que se encontraba en el sillón y la colocó encima de la mesa. La abrió para revelar unas dagas de cristal como la que tenía en su habitación. Sacó los cristales y los pasó a sus amigos. –No queremos atraer ninguna atención a esta ciudad, así que traten de no manejar sus elementos, –explicó mientras todos tomaban un cristal. –Si algo sale mal, usen el cristal para defenderse. Asegúrense de llevarlo a donde quiera que vayan.

Donovan cogió una de las dagas y se la mostró a Veter. –No había visto una de estas desde mis días en Terra, ¿Y tú?

–Traje uno conmigo... pero lo rompí por accidente hace unos años, –sonrió mostrando los hoyuelos en sus mejillas.

–Edan, –Willow se acercó más a él –¿El llegar antes de tiempo aquí significa que también podríamos regresar a Terra antes?

–Me temo que no, –dijo entregándole una de las dagas a Hunter. –Estamos aquí antes para su protección, pero tenemos que esperar a que pase el año para poder quitarle el medallón.

Willow colocó suavemente la mano en la espalda de Edan –¿Extrañas Terra?

–Algunas cosas que hacía, algunos terranios... recuerdos, –dijo tratando de evitar que los malos recuerdos regresaran. –Otras cosas supongo que estoy mejor sin ellas. ¿Tú?

–Echo de menos a mi familia, –admitió Willow. Se sentó en uno de los sofás. –Y el puesto del mercado al que solía llevarte.

Donovan suspiró junto a Willow. –Echo de menos a mi familia también. Mayra y Dean deben estar tan grandes ahora.

–Por supuesto que sí, han pasado doce años, –Shui acaricio el cabello de Donovan como una madre lo haría con su hijo.

–Mis hermanitas deben tener dieciocho años, –dijo Veter. Siendo el más mayor de nueve hermanos, él tendía a ser muy sobreprotector de cada uno de sus seres queridos. Veter se inclinó más cerca de Shui para que ella pudiera acariciarle el cabello

como se lo estaba haciendo a Donovan. Shui sacudió la cabeza y procedió a acariciarlo también.

—¿Las trillizas? ¿En serio ya tienen dieciocho años? —Donovan levantó una ceja y Veter lo miró furioso.

—No te atrevas a pensar en tocar a mis hermanas, animal.

—¡Nunca lo haría! —se rió.

Mientras ellos continuaban hablando de sus memorias en Terra, la mente de Edan se quedó en otra parte, tratando de prepararse para lo que venía.

## **Capítulo 4**

### **Una Semana De Locos**

#### **Lunes...**

G ESTABA ACURRUCADA BAJO su esponjoso edredón azul cuando Priyam la despertó.

—¡Narcoléptica! Es hora de desayunar y la Señorita Brown necesita unas cosas del mercado, —Priyam le entregó a G una nota enrollada —¿Puedes ir por la comida mientras yo cuido a los niños?

—¿Tan temprano? —protestó y se enrolló aún más entre las sábanas.

—Lo siento *Anita la huérfanita*, pero a menos que quieras encontrar otro lugar para vivir y renunciar a nuestras becas, entonces sí, tu duerme.

G sacó la mano de las sábanas y cogió la nota de la mano de Priyam, —OK, yo me encargo.

—¡Tú muy bien!

\* \* \*

En el supermercado, G recorría por los pasillos poniendo todos los artículos de la lista en el carrito: pañales, comida para bebés, medicina para el resfriado, verduras y cereales de colores, cuando vio al Sr. Blau observando un par de ollas y sartenes. Por alguna razón, el Sr. Blau parecía más tranquilo que en clase, más relajado y algo más joven. Sus expresiones faciales, sin su habitual ceño fruncido, llevaron a G a pensar que él disfrutaba cocinar. *Disfrutar...* rió G, *una palabra que nunca pensé usar para describirlo. Después de todo, el Sr. Blau es lo que sigue de indiferente.*

Estaba perdida en sus pensamientos cuando sonaron las campanas de la iglesia. ¡Ups! La Sra. Brown me va a matar.

Sin perder más tiempo, tomó los últimos artículos, pagó todo y corrió al bosque para tomar su atajo.

Como de costumbre, fue seguida por un animal en su camino a través del bosque.

En este caso era un pequeño pajarito dorado el cual voló hasta su hombro. –Oh, hola, pájaro, –lo saludó y regresó a pensar en el Sr. Blau y en lo que había visto el día anterior al regresar de la biblioteca; él y una mujer con un hermoso cabello azul, arrastrando a un hombre gigante noqueado –¿Quiénes crees que sean ellos, pájaro? –Y por qué están aquí? –le preguntó al pájaro dorado mientras él se quedaba sentado sobre su hombro –Y en serio... ¿*Esa* era su casa? Nunca lo imaginé en una casa, digo... no es como si pensara que viviera en la calle, pero él es tan tieso y enojado, sin embargo, ¿Vive en una casa llena de flores? No crees q– ¡AHH! –tropezó con la raíz de un árbol.

El pájaro voló lejos de su hombro y G cerró los ojos preparándose para el impacto... pero no pasó nada. Confundida, abrió los ojos y por un segundo se vio flotando en el aire.

–Ah! –jadeó inhalando el humo de un puro de sabor vainilla. Se quedó quieta con miedo de moverse y caer de lo que fuera que la sostenía –¿Estás bien, pájaro? –le preguntó mientras el viento la empujaba hacia atrás. ¡Woow! *No te caigas, no te caigas...* repitió una y otra vez hasta que el viento la ayudó a ponerse finalmente de pie.

Insegura de lo que había sucedido, pero aún muy emocionada, sonrió al pequeño pájaro dorado –¡Quédate aquí! Voy por Priy.

G corrió al orfanato. Dejó las bolsas del supermercado en la cocina, subió las escaleras y abrió la puerta de su habitación –¡Priy! –gritó al entrar haciendo que Priyam casi se cayera de la silla sobre la que se balanceaba.

–¡No manches, G! –Priyam se sentó correctamente. –Casi me matas del susto.

–Olvida el infarto, tienes que venir conmigo.

–Espera, estoy en medio de este nivel.

–Ponle pausa. Créeme, necesitas ver esto, –insistió mientras Priyam seguía jugando.

–¡Priy! Lo digo en serio.

Priyam cerró la pantalla de su computadora portátil y se enfrentó a su amiga. –Más te vale que sea increíble.

–Lo es.

De vuelta en el bosque y al lado del pájaro, G colocó sus pies detrás de la raíz con la que tropezó la última vez. –Mira esto, –le advirtió a su mejor amiga y se dejó caer. Solo que esta vez, el viento no la levantó. A una considerable velocidad, su cuerpo se estrelló contra el suelo.

Priyam soltó la carcajada. –Tenías razón. ¡Esto fue increíble! –se las arregló para decir entre respiraciones. –Aunque realmente creo que pudiste haberme enseñado ese asombroso truco en el orfanato.

Adolorida, G se sentó y buscó la corriente que sintió la vez pasada. Pero así como el dulce olor a vainilla, la corriente también se había esfumado. –No entiendo... –susurró.

—Yo tampoco, pero fue glorioso, —Priyam se burló de ella una última vez antes de regresar.

## Martes...

G se despertó con el silbido de un pajarito que cantaba desde una de las ramas de Bobby, el Primer Árbol. Aún cansada, tomó un baño, y cuando salió el mismo pájaro dorado de ayer estaba de pie en su mesita de noche.

—Hola, pájaro —Saludó al animalito mientras decidía qué ropa usar.

Ya fuera del orfanato, se dirigió a la calle principal para recoger un video para su día de películas con Priyam. Mientras caminaba por la calle, escuchó unos pequeños ruidos y una pesada respiración siguiéndola. Al darse la vuelta, notó que era un perro callejero de color marrón.

Tres cuadras más tarde, el perro aún la seguía. *Otra vez me va a perseguir un animal... bueno, al menos éste es un perro. Tal vez tenga hambre.* Entró a la carnicería y compró medio kilo de carne para alimentarlo, algo que hacía siempre que la seguía algún animal callejero, pero cuando salió de la tienda, el perro ya se había ido. Sin pensar demasiado en ello, continuó su caminata hasta la tienda de videos.

En su camino, vio en las ventanas de las tiendas el reflejo de un pequeño animal manchado y se dio cuenta de que ahora estaba siendo seguida por un gato, solo que esta vez era más sutil. *Pobre gato, debe ser la carne...* G se agachó, sacó un pequeño pedazo de carne y le dio un cacho al felino. —Buen chico, —le acarició la cabeza. —Ahora ve a tu casa. No vaya a ser que te estén buscando.

Siguiendo órdenes, el gato cruzó la calle hasta llegar con el Sr. Blau.

*¿El Sr. Blau? ¿Qué hace aquí?...* optó por espiarlo por un rato hasta que lo vio entrar en un café. El Sr. Blau se sentó frente a un hombre musculoso con piel dorada y hermosos ojos azules; otro hombre que G nunca había visto antes en la ciudad. El gato se sentó en las piernas del extraño y volteó a verla. *OK, rámonos antes de que me cachen y esto se vuelva incómodo.*

Finalmente, G regresó al orfanato con el video en la mano. Esta vez ya con más tiempo, decidió irse por el bosque. En su camino, se puso a cantar y a mensear hasta que oyó el sonido de una rama tronando a su lado.

Se dio la vuelta y vio un enorme alce escondido entre los árboles. Lentamente siguió caminó en silencio para que el animal no se asustara, pero para su sorpresa, el alce comenzó a seguirla. Cada vez que ella miraba hacia atrás, el animal hacia un terrible trabajo fingiendo que no la estaba siguiendo. Ya sea que se “escondía” detrás de un

árbol, o fingía mascar pasto e incluso miraba el cielo. *OK... esto se está poniendo un poco raro...*

Continuó su camino y notó que ahora no sólo el alce la seguía, sino que un zorro y un castor se habían unido a él. *¿Cómo demonios llegó un castor aquí?*

Ya asustada por la experiencia de *Dr. Dolittle*, G corrió al orfanato y cerró la puerta de su dormitorio con llave.

—¡Estupendo! Tienes el video, —Priyam se quitó las gafas y empujó su computadora fuera del camino. —Las palomitas con chile ya están listas.

Sin contestar, G corrió hacia la ventana para ver si el alce seguía afuera. Y sí. Pero no sólo estaba el alce, sino también el perro, el gato, el pájaro, el zorro, el castor y un grupo de lobos.

—¡Carajo! —gritó mientras se agachaba.

—¿Qué está pasando? —preguntó Priyam.

G señaló la ventana. —Asómate.

Priyam saltó de la cama y echó una mirada. —¡No puede ser! ¿Eso es un alce? ¿Y lobos? —preguntó divertida. —G, ¿qué onda con el arca de Noé? Te dije que dejes de alimentar animales callejeros o te seguirían a casa.

—Sólo alimenté al gato y no sé si esto fue mi culpa. O bueno, a lo mejor sí... no sé.

—Nunca hay un momento aburrido contigo, —Priyam tomó el video de las manos de G y lo puso en la computadora. —Vente, vamos a ver la película. Estoy segura de que tus guardias espirituales no entrarán, —dijo con una risita.

G cerró la ventana por si acaso, caminó hasta la cama de Priyam, y empezaron a ver la película. Ambas ignorando el hecho de que Ícaro las estaba vigilando desde una de las ramas de Bobby.

## Miércoles...

El día estaba más cálido que de costumbre; el sol brillaba el viento no era frío y no había ninguna señal de nieve. Parecía extraño no tener que usar un suéter en esta época del año. Era tan cálido, que uno de los maestros decidió dar la clase afuera para que todos pudieran disfrutar del clima.

G estaba apoyada contra un árbol tomando notas de la clase que daba el profesor. A ella le encantaba estar afuera, estar en la naturaleza. Allí, en la hierba, con el cielo encima y el olor del aire fresco, era donde se sentía más cómoda.

—Hey G... tengo mucha, mucha hambre, —susurró Priyam mientras jugaba con su computadora.

—Siempre tienes hambre.

—Yo opino que nos escapemos y vayamos a la cafetería, —sugirió Priyam mientras fingía tomar notas en su computadora. —Ya me sé de memoria este tema, después te

ayudo con el examen.

—¿Y si el maestro se entera? No creo que debamos de irnos, —murmuró G.

—Yo invito.

Instantáneamente G metió su cuaderno dentro de la mochila. —Lista.

Priyam rió entre dientes, guardó su computadora y ambas se escaparon entre los árboles.

Mientras caminaba, G tuvo el extraño impulso de mirar hacia el edificio principal de la preparatoria y al voltear... lo vio. El Sr. Blau estaba observándola desde lejos. Se detuvo y miró hacia atrás. Éste era el tercer día que se había encontrado con él. Era como si a todos lados donde ella iba, él la siguiera... o tal vez era al revés.

¡SLAP! Una de las ramas de los árboles se movió y le dio una cachetada a en la cara.  
—OUCH!

Priyam se volteó y la vio con su mejilla roja y una expresión llena de confusión —  
¿Qué pasó?

—No lo sé. La rama del árbol me dio una bofetada.

—Chocaste contra una rama del árbol? —Priyam se echó a reír.

G se frotó el cachete rojo. Una onda de dolor le recorrió la mejilla y bajó por su cuello. —No choqué contra la rama, ella se movió sola.

Priyam alzó las cejas y sonrió —Se movió sola?

—Sí, estaba mirando el edificio y me golpeó.

—Tu cachete se ve súper hinchado. Ven, podemos ponerle hielo en la cafetería.

Siguió a Priyam y por segunda vez en ese día, tuvo otro impulso de mirar el edificio principal. Vio al Sr. Blau. El seguía mirándola, pero esta vez su cara era diferente, parecía preocupado y... ¿enojado? *¿Por qué estaría enojado?* Sólo para molestar al Sr. Blau, G levantó la mano y lo saludó con una sonrisa en los labios.

El Sr. Blau negó con la cabeza en desaprobación, dio media vuelta y se alejó. G rió ante su reacción tan infantil. ¡SLAP! Otra rama gruesa de un árbol la cacheteó tirándola contra el suelo.

—De nuevo? —Priyam corrió hacia ella sin poder de dejar de reír. —En serio G, ¿cómo es que sigues viva a esta edad?

## Jueves...

Para G, las horas en la escuela parecían semanas. Cuanto más miraba su reloj más parecía estar disminuyendo su velocidad. No podía esperar a enfrentarse al Sr. Blau el día de mañana. Durante la semana pasada varias cosas extrañas le habían pasado y dentro de ella sentía que algo estaba mal.

Ella sabía que siempre se metía en algún tipo de problema, como su encuentro con el lobo herido u otras situaciones bizarras, como el pensar que escuchó susurros de

una planta, etc; pero la semana pasada fue otra cosa. Aparte de la gente extraña que había estado viendo por toda la ciudad y la forma en que la naturaleza se comportaba con ella, todo parecía estar relacionado con el Sr. Blau.

Y el Sr. Blau, bueno... él era lo más inusual de todo. Apenas hace unos días ella lo cachó moviendo a una persona medio muerta a una casa, pero aún más que eso, él era demasiado diferente a cualquier persona que ella hubiera conocido.

A diferencia del resto de sus maestros, el Sr. Blau no estaba obsesionado con la marca hecha de círculos que G llevaba bajo su muñeca derecha, no mostraba interés en el collar loco que tenía o en su famoso pasado sombrío. El Sr. Blau no la encontraba extraña y hacía todo lo posible para evitar hablar con ella durante más de unos minutos.

Cada vez que estaba cerca del Sr. Blau sentía una ola poderosa dentro de ella. Como un imán, como si estuvieran conectados, como si la conociera.

Entre más lo miraba, más preguntas tenía, especialmente porque el Sr. Blau estaba en una misión para ignorarla o tratarla como un niña de kínder, y al mismo tiempo, siempre la miraba a distancia.

*¿Cuál es su problema? ¿Y de dónde salió él y el resto de los desconocidos?* Ella se preguntaba, esperando que el origen de los extraños tuviera algo que ver con el suyo.

Después de la escuela, se ofreció a limpiar la cocina del orfanato, pensando que el trabajo de la casa la mantendría ocupada lo suficiente como para no sentir la ansiedad de enfrentarlo al día siguiente por la mañana. Pero estaba equivocada.

Ya fuera barriendo, lavando los platos o limpiando la despensa, en todo lo que podía pensar eran las diferentes maneras de acercarse al Sr. Blau y peor aún... en cuál sería el resultado.

# **Capítulo 5**

## *La Daga Roja*

—¡QUE ESTUPIDEZ! —gritó Priyam, haciendo que toda la biblioteca la volteara a ver con odio.

—Lo siento, —G se disculpó con la audiencia no deseada —¿Qué pasó? —le susurró a Priyam.

—Finalmente conseguí que Hugo me diera las entradas del Renacimiento, pero ahora resulta que el niño quiere una cita a cambio, —Priyam golpeó la pantalla de su teléfono con el dedo.

G levanto la ceja —¿Y no lo viste venir?

—¡No! Pensé que era más listo que eso, —Priyam apagó el teléfono con frustración, casi lastimándose el dedo con la fuerza que lo golpeó contra el botón.

—Siendo realistas, has hablado con él durante semanas. Es probable que te haya malentendido, —G miró el reloj de su celular. Su corazón latía más rápido cada minuto que pasaba. Poco a poco, acercándola al momento donde hablaría con el misterioso maestro.

Desesperada, Priyam arrojó su celular al lado abierto de su mochila —¡Tres semanas! Cada día que hablaba con él me aseguré de empezar con la frase: ¿Oye, ya me vas a dar mis entradas, o qué?... ¿Cómo puede alguien malinterpretar eso por romance?

G rió entre dientes. —Aparentemente Hugo, —por segunda vez echó un rápido vistazo al reloj y volvió a tratar de leer su libro sin poder concentrarse en las palabras. Y como concentrarse con tantas preguntas que hacer. Demasiados pensamientos, todo sin responder. —Priy, ¿has notado... cosas extrañas últimamente? —preguntó.

—No, porque nunca pasa nada extraño en este maldito pueblo... excepto tú, por supuesto. —Le guiñó un ojo.

—Gracias amiga... ¿Pero qué tal las personas extrañas que están por todos lados? ¿No has visto a la gente nueva que está llegando? —susurró para que los de la biblioteca

no escucharan.

Priyam miró a su alrededor y se acercó. —Es la temporada turística, —le hablo con voz baja.

—Bueno sí. Pero... ¿no crees que son un poco más raros este año?

—Sí, y culpo a los *Hipsters*.

G vio por millonésima vez su reloj y comenzó a agitar su pierna. Se secó las manos sudorosas frotándolas sobre sus jeans, pero la sensación de energía atrapada seguía allí. Desde la mañana, checó el horario del Sr. Blau. Ella sabía que a esas horas él iba a estar en su oficina, pero aún se sentía incómoda con la idea de ir a buscarlo. *¿Y si está con otra persona y no puedo hablar con él? ¿Y si esa otra persona es Synthia...? Espero que no...*

—¿Qué tienes? —preguntó Priyam.

—Tengo que ver al Sr. Blau, —admitió tímidamente. Deseando que el solo hecho de decirlo en voz alta le diera el coraje necesario para caminar hasta su oficina y enfrentarlo.

—Oh, ¿*Tienes* que? —Priyam sonrió y su previa frustración desapareció al instante en que la memoria del Sr. Blau y su hermosa cara entraron a sus pensamientos.

—Hablo en serio, hay algo sobre él, —explicó G.

Priyam apoyó el cachete en su mano y suspiró —¿Su acento? ¿Su cuerpo y miradas intensas?

—No. Algo más.

—¿Además de su acento, su cuerpo y miradas intensas? —Priyam rió un poco más fuerte de lo que debería —¿Cómo qué?

—No lo sé. Hay algo de él que es extraño. Diferente.

—Eso sí, es muy inteligente para tener veintiún años.

—Sí, supongo que... Espera, ¿cómo sabes que tiene veintiuno?

Priyam giró la computadora y G vio el rostro del Sr. Blau junto a toda su información. —Digamos que por “accidente” me topé con los archivos de la escuela. Y ¡puf! Ahí estaba su información, —Priyam sonrió fingiendo inocencia. —Checa esto, él apenas tenía diecisésis años cuando comenzó la universidad. ¿Así o más jefe?

G tomó la computadora y leyó el perfil. Ella usualmente estaba en contra de que Priyam usara su computadora para *hackear* y espiar a la gente, pero esta vez ella no solamente estaba a favor sino también estaba muy agradecida de que lo hubiera hecho.

G revisó todas las páginas del documento. Era impresionante. El Sr. Blau hablaba muchos idiomas, se graduó temprano de Oxford, tenía toneladas de ofertas y méritos. —Me choca, Priy. Él me hace sentir muy ansiosa y estresada, pero tranquila al mismo tiempo... es extraño, —dijo mientras continuaba leyendo.

Priyam se echó a reír. —Dulce niña... —dijo dándole palmaditas al cabello de G. —Eso significa que te trae loca.

—¡Para nada! Me irrita. Sí, es muy guapo pero su actitud es peor que lo atractivo que está. Aparte él es una de las personas más mezquinas que he conocido en mi vida, —dijo bruscamente antes de mover la mano de Priyam lejos de su cabello.

—Te encanta. Solo que ha pasado tanto tiempo desde que encontraste a alguien remotamente lindo que de seguro se te olvidó como se siente.

—Lo digo enserio. No me siento atraída por él para nada. Algo extraño está pasando y necesito hablar con él sobre eso. Es más, ¿Qué tal si vienes conmigo? —preguntó haciendo ojitos de cachorro adorable.

La ceja de Priyam se levantó con curiosidad, algo no estaba bien en esa situación. Priyam recordó cómo una vez G le rogó que no mirara por la ventana del orfanato cuando el niño del vecino, el cual ella pensaba que era lindo, solía caminar cerca de Bobby. Priyam estaba segura de que G no la invitaría a acosar a un tipo, sin importar lo hermoso que fuera. Al menos no sin una buena razón. —¿Por qué habría de acompañarte?

—Synthia probablemente va a estar allí, —admitió G. —Y como tu mejor amiga, sé lo divertido que te la pasas cuando te defiendes de ella.

Priyam se burló. —Solía divertirme, últimamente se ha vuelto súper aburrido.

—¿Qué pasó?

—Está demasiado lenta para entender mi sarcasmo... o cualquier otra cosa. Es como hablar con una lámpara con mal gusto en ropa, —Priyam agarró los libros que se encontraban delante de ella y los colocó en un carro junto a su mesa.

—¡Ándale, Priy! Realmente necesito hablar con él y ella no deja de acosarlo, —le suplicó. No podía pasar otra semana con el tipo de estrés que le daba el no saber que carajos pasaba. —Por favor. Necesito una distracción.

—OK, te voy a ayudar. Sólo si me cuentas todos los secretos coquetos más tarde.

—No habrá secretos coquetos, —Priyam se recargó en la mesa y la miró con una expresión de sabiduría en su rostro. —Bien... —G cedió. —Te contaré todos los secretos coquetos más tarde.

\* \* \*

G caminó hasta el segundo piso y se escondió detrás de un pilar. Desde ahí ella podía ver la puerta de la oficina del Sr. Blau, pero no estaba segura de si no había moros en la costa... al menos hasta que oyó los gritos de Synthia enojada con Priyam.

Con los nervios pulsando a través de ella se acercó a la puerta y entró a la oficina. En el interior, lo encontró en la esquina arreglando algunos libros antiguos.

Su corazón latía con fuerza al igual que su respiración aumentaba. Tenía ansias de hablar con él, pero sus ganas de saber la verdad superaban cualquier miedo. Edan la miró y suspiró de una manera que implicaba molestia —¿Qué quieras, Roja?

—G, —dijo, y cerró la puerta detrás de ella tratando de no hacer ruido.

—¿Disculpa?

—Mi nombre es G, no Roja.

—¿Qué clase de nombre es G? —Se burló.

Sintiéndose insegura, G tomó un mechón de su cabellera roja y lo pasó por detrás de su oreja —¿Qué clase de nombre es Blau?

—Ese es mi apellido.

*Carajo. Esto no va a ninguna parte. ¿Por qué en lugar de responder mis preguntas, este hombre está creando más?* —¿Cuál es tu nombre? —preguntó curiosa del por qué algo tan común como un nombre ni siquiera estaba en los datos de la escuela.

Edan se rió y negó con la cabeza —¿Que te hace pensar que te lo diría? Ahora sí me disculpas.

—Acabo de llegar.

—Bueno, estoy ocupado, —Edan continuó con su tarea de arreglar los libros mientras ella permanecía allí mirándolo fijamente.

Él se dio la vuelta y la ignoró como si eso le fuera a ayudar mágicamente y la hiciera desaparecer. Desafortunadamente para él, G no iba a ninguna parte —¿Qué quieres? —preguntó Edan golpeando su zapato contra el suelo de madera.

—Tengo preguntas, —dijo, mientras caminaba hacia su escritorio.

Edan agarró un libro y la volteó a ver con una intensa mirada, su boca temblaba desde una de sus comisuras como si hubiera comido algo amargo. —No doy clases particulares.

—No se trata de clase.

Edan se echó a reír haciendo que G se sintiera con ganas de darle un trancazo —¿Por qué esperas que responda a tus preguntas cuando ni siquiera respondo las preguntas por las que me pagan para responder?

—Estoy dispuesta a intentarlo, —Para probar su terquedad, se sentó en la parte superior del escritorio. Justo cuando Edan estaba a punto de rechazarla, Max, uno de los compañeros de clase de G, abrió la puerta de la oficina.

Edan golpeó los libros sobre el escritorio y señaló al compañero de clase. Sin decir una palabra, Max, tímido a más no poder, se dio la vuelta y salió corriendo de la oficina. Edan regresó su mirada hacia ella. —De acuerdo, ¿Qué quieres saber?

—¿Cuántos años tienes? —preguntó ya sabiendo la respuesta.

—¿Por qué te importa eso?

*Sangrón...* —Bueno, tu rostro se ve de unos veinte años, pero tu elección de ropa y tu actitud súper amarga me hace pensar que estás en los treinta y tantos.

—¿Todas tus preguntas van a ser tan infantiles?

Ignorando el sarcasmo, continuó —¿Por qué estás aquí?

—Como ya debes saber, esta es mi oficina.

—Me refería en Truckee.

—Conseguí un trabajo, —el Sr. Blau extendió sus brazos hacia el salón, señalando lo obvio.

—¿Eres un graduado de Oxford con una especialidad en cuatro idiomas y terminas enseñando química en esta escuela? No creo que esa sea la razón por la que te mudaste aquí, —dijo ella, arrepintiéndose inmediatamente el haberle hecho saber que lo investigó previamente.

—No me importa lo que creas, y deja de mirar en mis archivos.

—No miré nada, —mintió con la esperanza de que no se diera cuenta. —El director de la prepa no puede callarse sobre ti, —agregó para cubrir el hecho de que ella sí lo había estado investigando... tanto como pudo.

—Humanos... —susurró Edan contra sus dientes.

G se deslizó del escritorio y caminó más cerca. Ella notó que el Sr. Blau se ponía rígido. Parecía tranquilo y bajo control, pero había algo en sus movimientos que le daban a entender que estaba bastante nervioso. ¿Nervioso de qué?, eso no podía saber —¿Por qué aceptaste escuchar mis preguntas si te vas a negar a contestar todas?

—Porque no esperaba que tus preguntas fueran tan malas, —sonrió cínicamente.

Se paró frente a él y señaló un montón de libros. —Dame eso.

—¿Para qué?

G le arrebató los libros de sus manos. *¡Qué terco puede ser este hombre!* —Se llama ayudar. Un acto generoso de lo cual no creo que sepas nada.

—¿Por qué necesito la ayuda de alguien que ni siquiera puede llegar a la repisa? —Preguntó con un tono burlón.

G pateó un pequeño banco y se paró encima de él. Colocó en su lugar los libros que le arrebató y volteó hacia el Sr. Blau para conseguir más.

Él sostuvo los libros fuera del alcance de G. —Si te los doy, ¿te callarías con las preguntas?

—Tal vez, —prometió.

El Sr. Blau le pasó los libros y sonrió victoriamente.

—¿Quién era el muerto que cargabas la otra mañana?

El Sr. Blau tosió. Su mano golpeó su pecho tratando de recuperar la compostura. —No estaba muerto, estaba... ebrio, —dijo sintiendo como su sangre hervía de enojo. —Y además, ¿qué no tienes algún instinto de supervivencia? ¿Un poco de sentido común? —soltó los libros que sostenía azotándolos contra el escritorio. —¿Y si sí estaba muerto? ¿Qué demonios haces hablando conmigo?

G se rió. Era la primera vez que había visto al Sr. Blau mostrar una emoción que no fuera indiferencia o aburrimiento. Su rostro cambió tan drásticamente que ella quería ver más —¿Y quién era él?

—Silencio! —exclamó irritado.

—Pero y—

—No —la interrumpió. —Dijiste que te ibas a callar si te daba los libros.

—Dije que tal vez —sonrió. El Sr. Blau estaba siendo tan irritante como siempre, pero al menos esta vez estaba hablando con ella. —¿De dónde eres?—

El Sr. Blau se quedó en silencio, siguió moviendo sus libros y trató de ignorarla, pero al final, una vez más, se dio por vencido. —Inglaterra, obviamente.

G sintió un nudo en el estómago, sabía que su siguiente pregunta la haría parecer loca pero no podía aguantarse, no más —¿De dónde eres realmente?

El Sr. Blau se estremeció ante la pregunta y accidentalmente golpeó la pila de libros del estante haciéndolos caer encima de la chica —¡Cuidado! —Gritó. Pero ya era demasiado tarde, G ya estaba cayendo.

El Sr. Blau saltó sobre el escritorio, abrazándola para amortiguar su caída.

G abrió los ojos y se dio cuenta de que estaba sentada sobre el Sr. Blau. Su espalda estaba recargada contra el pecho del Sr. Blau y los brazos de él estaban alrededor de ella.

De repente, tuvo una visión.

La imagen era inestable. Ella se vio a sí misma pero a la edad de tres años. Estaba corriendo, sin recordar por qué ni cuándo, sólo que necesitaba escapar. Mientras corría, las luces se apagaban detrás de ella. Oculto entre las sombras, un hombre corría en su dirección.

El hombre estaba arrastrando una de sus piernas, pero aun así la estaba alcanzando. Su piel era blanca como la nieve y su cuello, su cara y su espalda estaban cubiertos de rayas de diferentes tamaños hechas de símbolos negros. El horripilante hombre tenía los dientes negros y los ojos amarillos.

La pequeña G llegó a un callejón sin salida. Se dio la vuelta para levantar la mano y defenderse, pero el hombre le lanzó una daga roja con cristales negros directamente a la cara.

Fuera de las sombras, la versión de seis años del niño de sus sueños, se deslizó a su lado y la abrazó de la misma manera que el Sr. Blau la estaba abrazando en la oficina. El niño levantó su mano para cubrir el rostro de la pequeña y la daga roja le cortó en antebrazo. Sin perder tiempo, el niño estiró su brazo herido directamente al atacante, y una pared de fuego azul disparó desde su palma.

—¿Estás bien? —Preguntó el Sr. Blau. Él estaba temblando, sus ojos verdes la observaban con nervios. Cuidadosamente, el maestro acarició el cabello de G. La tocaba tan gentil, como si estuviera hecha de porcelana.

Todavía aturdida, miró el brazo del Sr. Blau y vio una cicatriz en el mismo lugar donde el niño fue cortado. Ella movió su mano y acarició suavemente la marca. —Una daga roja con cristales negros, —susurró.

El Sr. Blau se congeló. Sus facciones se tensaron y su mirada se tornó fría —¿Qué? —Su cuerpo se puso rígido y su mandíbula se apretó.

G salió de su transe. No podía recordar cómo había llegado allí, por qué el Sr. Blau la abrazaba ni mucho menos por qué diablos ella le estaba acariciando el brazo.

—¿Qué dijiste? —le volvió a preguntar el Sr. Blau.

G trató de recordar lo que pasó, pero no pudo. Sólo pudo recordar hasta el momento en el que se resbaló. *¿Qué pasó? ¿Por qué no puedo recordar nada? ¿Será por el tumor?* —Yo... yo no dije nada, —contestó, suplicando que el Sr. Blau no supiera nada sobre su tumor.

—Vete, —susurró el Sr. Blau.

—Pero...

—Sal de mi oficina... ¡AHORA! —gritó.

Se levantó y corrió hacia la puerta. Su mente estaba girando tratando de averiguar qué demonios estaba pasando.

\* \* \*

Edan se apoyó en el escritorio. Tenía dificultad para respirar. Oyó la puerta trasera de la oficina abriéndose —¿No crees que estás siendo demasiado dura con ella? —le preguntó Donovan desde el otro lado de la oficina.

—No, —dijo Edan mientras trataba de relajarse. Cansado, puso una mano sobre el escritorio y se incorporó.

—Eso dices ahora, pero cuando ella descubra quién es realmente, te va a patear el trasero, —Ícaro chirrió. —Estoy de acuerdo con Ícaro, ella es muy fuerte e inteligente. Está empezando a sospechar de nosotros.

—Posiblemente, —dijo Edan. —Pero ella es irracional, impulsiva y no tiene ninguna noción del peligro en absoluto.

—No está tan mal.

—¿No está tan mal? —inquirió Edan golpeando su mano sobre el escritorio de madera —¡Ella vino a confrontarme sobre un cadáver, el cual asumió que metí a mi casa, Donovan! ¿Qué no es eso completamente irracional y estúpido?

Y sí. Donovan apretó sus labios tan fuerte como pudo para reprimir su sonrisa. —Relájate. Te preocupas demasiado, Edan.

Edan miró a Donovan mientras se sentaba en una de las sillas de la oficina. —Ella, recordó la primera vez que el palacio fue atacado, —miró su antebrazo donde estaba la cicatriz de la daga. Fue entonces cuando Donovan comprendió la gravedad de la situación. Edan tenía todo el derecho a estar aterrorizado.

—Eso es imposible, —Donovan negó con la cabeza.

—Te estoy diciendo lo que vi y oí, —dijo Edan. —Ella recordó la daga. Recordó hasta el color de los malditos cristales.

—Pero, y el collar? —Donovan preguntó mientras Ícaro saltaba a la estantería más cercana.

—Ella se está haciendo más fuerte, y ningún collar puede detenerla. Ni aunque Hans haya sido quien lo forjó.

Donovan extendió la mano para acariciar a Ícaro —Ya le avisaste a Mor?

—No, —respondió Edan, el calor aumentando en su cuerpo. —Ella nunca contesta.

Donovan se rió entre dientes. —Y no creo que lo empiece a hacer. ¿Por qué no vas con ella?

Edan sabía que Klog Mor tendría las respuestas, pero también sabía el peligro que sería de dejar a G sola, especialmente ahora que sus recuerdos parecían resurgir. —No puedo, tengo miedo de lo que podría pasar si dejo mi puesto.

—No va a pasar nada, —le aseguró.

Edan no estaba tan seguro. La situación era tan frágil que cualquier movimiento en falso podría costarles todo y él no estaba dispuesto a apostarlo. —Aún le queda un año. No voy a arriesgarme, —explicó.

—No lo harás, —Donovan se levantó y caminó hacia su amigo. —Incluso si te vas, todavía quedamos cuatro aquí.

—Lo sé.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

—Nada. Hemos llegado demasiado lejos para perderlo todo, —Edan pasó la mano por su cabello. —Continuemos con los turnos de guardia.

Donovan asintió con la cabeza. —Yo me encargo, —dio un silbido agudo e Ícaro voló hacia su hombro.

—Donovan, —Edan detuvo a su amigo.

—Sí?

—Doblen la guardia... Ella es un desastre.

Donovan sonrió encantado. —Se lo haré saber a los demás.

## **Capítulo 6**

### **El Collar Roto**

PRIYAM AZOTÓ SU LIBRO contra la mesa del salón –¡Ya me harté, odio las malditas matemáticas!

G subrayó las partes que consideraba importantes de las notas de clase –Te encantan las matemáticas, –le contestó mientras continuaba con su tarea mundana.

–Sí, eso fue antes de que tuviera que dejar mi vida para poder estudiar medio libro y pasar los exámenes de la próxima semana.

–Ya te sabes el libro de memoria, –agregó G sin apartar la vista de sus notas.

–¿Podrías dejarme quejar? –Priyam gimió y se estiró. –Es viernes y estamos atrapadas en un salón vacío, sin comida ni agua ni amor.

G se enfrentó a su amiga estresada –¿Prefieres estudiar en el orfanato?

Priyam resopló y colocó sus piernas encima de la silla que estaba a su lado –¡Ja! No existe la palabra estudiar, o cualquier cosa que requiera concentración o tiempo de tranquilidad en el orfanato.

–Entonces deja de quejarte y sigue leyendo.

–No eres nada divertida, –gruñó mirando las notas de G. –Oye, ¿por qué estás checando esas notas? El Sr. Blau lo explicó hoy.

–Tuve problemas para entenderlo la primera vez, –G mintió, ya que había evitado la clase por completo. Ese día se cumplía una semana desde que habló con el Sr. Blau y la situación terminó tan desastrosamente que todavía no tenía ni idea de cómo enfrentarlo. Desgraciadamente para ella, el director de la escuela ya había hablado por teléfono con la Señorita Brown para quejarse por su falta de asistencia.

Ni modo, después de esa llamada, ya no había manera en la que G pudiera darse el lujo de saltarse más clases.

–Ahora que lo pienso... últimamente no has estado en su clase, –afirmó Priyam. –Primero fue un dolor de estómago, luego tenías dolor de cabeza, luego... ¡No juegues! ¿Estás evitando al Sr Blau?

—¿Quieres comida? —G optó por distraer a Priyam antes de que como siempre, su mejor amiga pudiera darse cuenta de que definitivamente había algo extraño en su comportamiento. —A esta hora la cafetería todavía está abierta. Puedes ir y conseguir algo. Mientras yo voy a la máquina de abajo por comida chatarra, ya sabes que en la cafetería nunca tienen.

—Esa es... ¡La mejor idea del mundo! —Emocionada, Priyam tomó su mochila, y ambas salieron para completar sus respectivas misiones.

Siguiendo con su plan, G bajó al área de alumnos y compró la mitad de las papitas de la máquina junto con algunos dulces. Desgraciadamente, durante todo el camino, su mente seguía nublada por el Sr. Blau y las muchas otras preguntas que tenía sobre sus orígenes. *¿Por qué es tan difícil sacar respuestas?*

Durante toda su vida, tuvo problemas para hablar con cualquier hombre. La mayoría la encontraban extraña y realmente nunca sabía qué decirles. El primer chico, que le llegó a llamar la atención, se negó a hablar con ella: dijo que ninguna chica de doce años debería tener un tatuaje. *Trata de explicarle que ni siquiera sé de donde salió esta marca*, pensó mientras acariciaba los cinco círculos debajo de su muñeca derecha.

Cuando tenía catorce años, su primera cita la dejó plantada después de verla ayudar a una planta de la escuela a calmarse. *Pero la planta estaba en pánico y necesitaba hablar...* Digo, *¿Qué se supone que iba a hacer? Dejarla sola?* pensó sobre aquella memoria.

Y el peor de todos... a los quince años cuando dio su ‘primer beso’, el cual fue súper incómodo, afortunadamente fue interrumpido cuando un perro atacó a su cita (alias, el hijo del director) después de que el escuincle la toqueteó más de lo que ella quería.

Desde entonces, hizo un esfuerzo para evitar el contacto con chicos. Pero esta vez era diferente. Ella no estaba buscando al Sr. Blau con fines románticos, ella sólo necesitaba información. *No debería ser tan difícil.*

¡PUM! Un foco explotó sobre ella.

G jadeó y dejó caer las bolsas de comida chatarra en el suelo. *Carajo...*

Se agachó para recogerlas, sin embargo el lugar estaba demasiado oscuro para encontrarlas. Sacó su celular del bolsillo trasero de sus jeans y encendió la luz. Apoyó la mano en el suelo para poder recoger las cosas, pero al momento de inclinarse para alcanzar un paquete de galletas, se resbaló en algo caliente y pegajoso —¿Qué demonios es...? —miró su mano y vio que estaba manchada con sangre.

Sus sentidos se dispararon. Algo andaba muy mal. La escuela estaba demasiado oscura, demasiado vacía y demasiado... tranquila.

Limpió la sangre de su mano en sus jeans y caminó cautelosamente por el pasillo. —¿Priyam? —gritó en voz alta pero nadie respondió.

Una ola de dolor pasó por su cabeza. Gritó, pero el sofocante dolor desapareció

tan rápido como había llegado.

Desorientada, escaneó sus alrededores y se dio cuenta de que una cantidad exagerada de focos estaban rotos. Cuidadosamente, caminó hasta llegar a uno que estaba destrozado en el piso. Pequeños pedazos de vidrio tronaron bajo sus zapatos. Se dirigió directamente a la última luz parpadeante. Cuanto más miraba hacia la oscuridad, más sentía que había alguien allí. Alguien que la miraba fijamente de regreso.

Un escalofrío la atravesó como si su cuerpo le estuviera suplicando que huyera, pero sus instintos le dijeron que no era prudente darle la espalda a la oscuridad, al menos todavía no. Un olor putrefacto la hizo casi vomitar. Se detuvo justo enfrente de la línea entre la luz y la negra oscuridad. Entonces los vio: dos ojos rojos como rubíes.

Le empezó a doler de nuevo la cabeza, pero esta vez eran más como ondas que chocaban contra su cráneo. *No ahora, no ahora...* suplicó que el dolor se fuera, pero este sólo aumentó.

Podía oír el gruñido suave de un animal, pero su cabeza le dolía demasiado para reaccionar. La bestia dio un paso adelante y esta vez lo vio claramente: parecía un hombre lobo de tres metros que caminaba a cuatro patas, pero su pelaje estaba hecho de gruesas agujas oxidadas que sobresalían de su piel podrida. Las agujas vibraban cada vez que G hacía cualquier tipo de movimiento. Ella podía ver la sangre escurriendo por la carne de la bestia, las espinas que salían de sus codos y sus afiladas garras.

G trató de moverse, pero el dolor la golpeó de nuevo, más fuerte. Aturdida, sacudió la cabeza y el foco parpadeante explotó. La horrenda bestia retrocedió un paso y gruñó.

*¡AHORA!* gritó una voz dentro de ella. No queriendo saber qué pasaría si se quedaba, corrió tan rápido como pudo hasta llegar al jardín de la preparatoria. Sin pensar, levantó el brazo y apuntó con su palma hacia la oscuridad, pero no sucedió nada. Confundida, observó el dorso de su mano sin entender el impulso de haberla elevado.

Un fuerte gruñido, seguido por un grito aterrador, provinieron de la misma dirección de la bestia. Por alguna razón, se sintió segura otra vez. La adrenalina que había estado bombeando se agotó haciendo que su cuerpo temblara y sus piernas fallaran en sostenerla.

Cayó al suelo duplicando su dolor de cabeza. Este dolor no era nada parecido a cualquier otro que ella hubiera vivido antes. Las ondas chocaban contra su cráneo haciéndola sentir como si su cerebro fuera a explotar.

—¡G! —Priyam corrió hacia ella —¿Qué está pasando?

Escuchó a su mejor amiga, pero no pudo contestar. G tomó su cabeza y se mordió

el labio inferior para sentir dolor en alguna otra parte. Sus dientes perforaron el labio y la sangre comenzó a fluir. El sabor del hierro la aterrizó por un momento, pero el dolor de cabeza la volvió a azotar.

Antes de que Priyam la alcanzara, el Sr. Blau apareció de la oscuridad –¡Gaia! –Gritó corriendo hacia ella. Al llegar, se arrodilló frente a G y le cubrió los ojos con la palma de su mano mientras la abrazaba con la otra. El dolor dejó su cuerpo en el momento en que él la tocó –¿Estás bien? –El Sr. Blau notó que había sangre en los jeans de G. –¡Esta sangre es tuya!?

–No, no, –abrió los ojos y vio al Sr. Blau acariciándole la mejilla. Estaba tan confundida... y no por la bestia o el dolor de cabeza, sino por el hecho de que el Sr. Blau le estaba acariciando el cachete. *¿Eso que tiene en su cuello es sangre?* Pensó G mientras levantaba su mano para limpiarla.

En el segundo en que sus pieles se conectaron, el Sr. Blau se estremeció y G vio la imagen del niño en sus sueños. Ambos tenían el mismo cabello café claro, la misma cicatriz en el antebrazo y los mismos ojos verdes preocupados.

El Sr. Blau le acarició el pelo lentamente.

–¿Tú? –G susurró mientras lo miraba. –El de mi sueño.

En cuestión de segundos, el Sr. Blau salió de su trance de ‘buena onda’ y la soltó de inmediato haciendo que su cabeza doliera de nuevo. El rostro del maestro palideció y la mano con la que le había acariciado el cabello empezó a temblar. –Señorita Singh, por favor lleve a su compañera de clase al centro de salud del campus, –y con eso, se fue.

G apoyó la mitad de su peso en Priyam mientras la ayudaba a caminar por el campus. Por primera vez, se alegró de que su dolor de cabeza fuera tan fuerte. Ya que eso le impedía pensar en lo que fuera que acababa de ocurrir con el Sr. Blau.

\* \* \*

Mientras tanto, en la casa, Willow paseaba nerviosamente por la sala. –Ya debería estar de regreso, –checó una vez más por la ventana. –Me estoy empezando a preocupar.

–¿Y? Siempre estás preocupada, –señaló Veter mientras fumaba su puro de vainilla.

–¡No es gracioso! Edan nos dijo que era urgente venir a la casa –Willow arrugó su nariz pecosa y movió la mano para ahuyentar el humo –¿Puedes dejar de fumar por favor? Estás envenenando todo el aire.

Veter giró la mano formando un torbellino en medio de la sala y apuntó su palma hacia Willow. El torbellino siguió el comando de Veter y golpeó a Willow haciéndola volar del suelo.

–¡AHH! –A centímetros de golpear contra el techo, Willow apuntó ambas manos hacia el suelo. La raíz de un árbol cercano perforó la madera del piso y se enredó

alrededor de su cintura evitando que ella se estrellara contra el techo. Una vez que el torbellino pasó, la raíz regresó a Willow de vuelta al suelo.

—¿Demasiado aire? —Preguntó Veter, mientras él y Donovan lloraban de la risa.

Willow reacomodó su cabello rubio platino en una cola de caballo —¿Por qué tienes que ser tan idiota?

—Deberían dejar de estropear la casa de Edan o los va a matar. —Les advirtió Shui en lo que limpiaba su flauta transversal. —Veter, apaga ese puro y quédate quieto.

—Wow. Me encanta cuando eres mandona —Veter sonrió y apagó el puro en una taza de café vacía. —A poco no te encanta cuando Shui es mandona? —le preguntó Veter a Hunter, quien estaba afilando su cuchillo contra una piedra. Hunter miró a Veter a través de los mechones de cabello que le cubrían la mitad de la cara y sin decir nada, volvió a afilar su cuchillo. —Tienes toda la razón, amigo, —dijo Veter.

¡BAM! La puerta principal se abrió de jalón y Edan entró inmediatamente. Su camisa estaba cortada y ensangrentada. —Perdón por llegar tarde. Me topé con unas... complicaciones.

—Edan, tu camisa, —Willow corrió hacia él y le checó el cuello.

Edan le echó un vistazo a su ropa y notó la sangre que manchó su herida del cuello.

—Estoy bien. No es tan profundo.

—Siéntate, lo arreglaré, —Willow abrió una caja grande de madera color marrón rojizo llena de semillas, flores y frutos secos. Tomó una pequeña semilla redonda, la colocó en una maceta con tierra, apuntó su mano izquierda hacia la olla y una planta creció al instante. Willow la arrancó y la molvió en un molcajete.

—¿Qué pasó? —preguntó Donovan.

—Dos Cazadores la seguían, —contestó Edan.

—¿Dos Cazadores te dejaron así? —Donovan alzó la ceja de manera presumida, burlándose de su amigo. Él sabía que no había manera de que dos Cazadores lograran tocar a Edan. Mucho menos dejarlo así.

—No podía hacer mucho sin exponerme. Ella estaba allí.

Shui dejó de limpiar su flauta —¿Unos Cazadores encontraron a la princesa? ¿Azazel ya la localizó?

Edan miró a Hunter en busca de confirmación. El adolescente sacudió la cabeza. —No, Azazel no sabe dónde está. Por lo que sabemos, los Cazadores tuvieron suerte, —explicó mientras se limpiaba unas gotas de sangre con su camisa.

—Demasiada suerte, si me preguntas a mí —Donovan se sentó al lado de su mejor amigo —¿Cuánto tiempo pasará hasta que no sea solamente suerte?

—No lo sabemos. Hunter fue capaz de percibir a los Cazadores, pero fuera de eso, aún no ha detectado a ninguna otra bestia.

—Inclina la cabeza, —ordenó Willow y le colocó la pasta que hizo en el molcajete.

Edan se sentó y dobló el cuello lo suficiente para darle acceso a su herida. Willow

limpió la cortada con un pañuelo mojado. —Trata de relajarte. Esto va a arder...y mucho, —le advirtió antes de aplicarle la pasta a la herida, pero una vez que la colocó, Edan ni siquiera parpadeo.

—¿Es cierto, Kapetan? —preguntó Veter —¿Moja Princeza está recuperando sus recuerdos?

—No sé cuántos o a qué grado, pero sí, —le contestó Edan.

—Es broma, ¿no? —Willow dejó de esparcir la pasta sobre las heridas —¿Qué vamos a hacer, Edan? Todavía le falta más de un año para su Resurgimiento. A este paso no lo va a lograr.

—Lo hará, —Edan habló con un tono convincente. —Sus poderes están creciendo más rápido de lo que pensábamos y mientras tenga el collar, todo estará bien, —volteó a ver a Veter. —Veter, te toca la primera guardia, —sin una palabra o vacilación, Veter agarró una mochila marrón, le guiñó el ojo a Shui y se fue para la casa de G.

Willow tomó el molcajete y señaló la camisa desgarrada de Edan. —Tu camisa. Necesito que la abras un poco, —Edan obedeció y la desabotonó para que pudiera poner la pasta en el resto de sus heridas. Willow lentamente siguió la línea de su pecho y abdomen con los ojos. Su aliento se volvió desigual, su piel enrojeció. Ella tomó la camisa y la jaló un poco más, pero Edan la detuvo rápidamente al agarrarle la mano. Su expresión era fría.

—No lo hagas, —gruñó.

Inmediatamente, le soltó la mano y ella volvió a aplicar la pasta sin poder dejar de pensar en cómo era que al contrario del resto de los terranios, nunca había visto a Edan sin playera. De hecho, casi nadie lo había hecho —¿Qué hacemos ahora? —preguntó, intentando disipar la tensión.

—Esto no cambia absolutamente nada. Seguiremos haciendo exactamente lo que estábamos haciendo, —respondió Edan. —Tomamos turnos para vigilarla y Hunter seguirá rastreando cualquier cosa que pase por la frontera.

Willow terminó de poner la pasta en el corte de Edan. —Listo. Puedes ir a cambiarte ahora, —se levantó, pero antes de marcharse, Edan la agarró por el brazo.

—Y Willow... deja de cachetejar a la princesa con los árboles.

Willow sonrió burlonamente ante el recuerdo de G siendo cacheteada en la cara por una rama. —OK, —accedió y se fue.

Edan subió a su habitación y cerró la puerta. Una vez dentro, se inclinó contra uno de sus muebles. Con los ojos cerrados, pasó la mano por su hombro izquierdo y luego jaló la camisa para cubrir un poco más de su cuerpo. Tener la playera desabrochada era algo que realmente odiaba.

Cansado, miró hacia arriba y se concentró en el calendario vacío. Rasgando la hoja de Diciembre, observó fijamente la palabra Enero. Había pasado menos de un mes

desde que llegaron a la ciudad y sin embargo, habían ocurrido tantas cosas: Cazadores, G metiéndose en más problemas de los que podía contar, constantemente husmeando y desafiándolo y para empeorar, sus dolores de cabeza estaban aumentando –¿Cómo vamos a aguantar un año? –susurró a sí mismo.

Se dirigió a su ventana y miró hacia fuera. A pocas cuadras de distancia, justo al lado del bosque, estaba el orfanato de G. La casa sólo tenía algunas luces encendidas, pero con tan solo poder ver su ventana era suficiente para darle una sensación de paz. Él sabía que Veter la estaba cuidando, pero no podía evitar checar desde lejos también.

Así que todas las noches, Edan miraba por la ventana esperando que G estuviera a salvo, por lo menos un día más.

\* \* \*

Esa noche, por primera vez, G tuvo un sueño diferente.

Ella estaba caminando por un túnel subterráneo; el lugar estaba oscuro, lleno de barro y de enredaderas. Caminó por lo que parecían horas, pero aun así, no podía encontrar una salida.

Cuento más prestaba atención, más se daba cuenta de que había algo del lugar que le parecía familiar. No era la absoluta oscuridad o el lugar en sí, eran las enredaderas y el barro lo que le recordaba a sus pesadillas anteriores. Con precaución se inclinó para echar un vistazo más de cerca a la enredadera, pero antes de que pudiera agacharse, la planta se elevó por sí misma y la ayudó a ponerse de pie.

Incierta de lo que sucedía, movió su mano y la enredadera se movió como si G fuera la que dirigiera sus movimientos. Probando su teoría, colocó su palma en frente de la planta y para su sorpresa, la enredadera se entrelazó alrededor de sus dedos, haciéndole cosquillas mientras se movía. Se echó a reír, pero su risa fue amortiguada por una enorme explosión que provino detrás de la pared fangosa.

Se dio la vuelta e intentó caminar hacia la pared, pero la planta se enredó aún más tratando de detenerla. Empujando la enredadera a un lado, alcanzó la pared fangosa y recargó ambas manos en ella.

Tan pronto como las yemas de sus dedos tocaron la pared, el barro se escurrió por sus brazos hasta llegar a los codos. Alarmada, dio un paso hacia atrás y vio cómo sus brazos llenos de barro se encogían hasta convertirse en los de una niña de seis años.

Levantó la cabeza y notó que ya no estaba en el túnel, sino en medio de la zona de guerra con la que soñaba cada noche.

Volvió a mirar sus manos sucias reconociendo en qué parte del sueño estaba. –El muchacho, –susurró, y el niño de ojos verdes corrió y la envolvió en sus brazos.

El pequeño se arrodilló frente a G y le cubrió los ojos con la mano. –Relájate, estoy aquí, –le habló al oído.

Se sentía a salvo junto a él, pero sabía que estar parados ahí era peligroso, tenían que

llegar al palacio. Rompió el abrazo con el fin de correr hacia el refugio, sin embargo, el niño ya no estaba delante de ella. Era el Sr. Blau quien la estaba sosteniendo ahora. Y no solo eso, ya no era la pequeña de seis años sino la de dieciocho.

En su sueño, G sintió una oleada de vergüenza. Ella estaba sucia y cubierta de cenizas, mientras que el Sr. Blau se veía impecablemente hermoso. G pasó sus manos enlodadas por su camisa manchada con la esperanza de mejorarla un poco, pero para su sorpresa, cuando pasó su palma sobre su pecho, su cuerpo se prendió en llamas.

G entró en pánico... Estaba a punto de gritar, cuando se dio cuenta de que el fuego no la estaba quemando, sólo estaba secando el barro de su ropa. Segundos después, las llamas se extinguieron y el barro seco se derrumbó revelando un bello corsé de color verde botella. G giro sobre sus talones haciendo que el barro cayera en pedazos al mismo tiempo que su ropa entera empezó a cambiar. El corsé llegaba a unos centímetros por debajo de su pecho y tenía mangas largas que parecían hojas de color verde dorado abrazando sus brazos. El barro alrededor de su cintura cayó revelando un cinturón grueso de metal verde en forma de V con el símbolo de la Rueda del Ser grabado en la parte delantera, ceñido en la parte superior de una falda larga y deslumbrante.

El Sr. Blau sonrió y ofreció su mano para ayudarla a caminar a través de las enredaderas. Antes de que pudiera alcanzarlo, ella tropezó con una raíz y cayó al suelo. En el momento en que su cuerpo tocó el barro, la oscura zona de guerra se convirtió en una hermosa fuente de agua cristalina.

En el centro había un montículo de pasto que albergaba el Primer Árbol con los cuatro elementos flotando alrededor de él. G miró sus manos y se dio cuenta de que no estaban dentro del barro, sino dentro un lago resplandeciente. Junto al árbol, sobre la hierba, con los brazos dentro del agua fría, se sintió segura.

Al levantar las manos, una gran burbuja de agua levitó hasta alcanzar la misma altura de sus ojos. Entonces la burbuja se moldeó en un magnífico espejo de agua. Allí, G vio su reflejo. Parecía una ninfa del bosque con el vestido que llevaba puesto. Después de mirar su reflejo, notó que cada vez que sentía un fuerte dolor en su cabeza, una ola de luz emanaba de la misma y viajaba a través de la cueva. A veces la luz era azul, a veces blanca, a veces roja y otras veces verde.

Cerró sus ojos grises y respiró profundamente. Cuando los abrió, su reflejo y el espejo de agua se habían ido. En cambio, se encontraba a unos centímetros de la misma bestia que vio esa mañana en su escuela.

Asustada, G trató de correr, pero no pudo. Su falda estaba clavada al piso por la daga roja, la misma daga que vio cortar el brazo del niño cuando era niña. Desesperada, trató de zafarse... fue inútil. La bestia se acercó más. Gritó, pero ningún sonido salió de su boca. Cerró los ojos y se preparó para ser atacada, pero un torbellino la rodeó como un escudo protector. La bestia gruñó.

Abrió los ojos y vio al Sr. Blau sacando la daga roja del cuerpo de la bestia muerta. El viento se detuvo y él caminó hacia ella. La tomó entre sus brazos y moviendo lentamente

su rostro hacia su oído, murmuró: Gaia.

G se despertó. Su cuerpo temblaba, su rostro estaba cubierto de sudor, su cabeza dolía como un infierno y el collar se sentía más pesado que nunca. Rodó a su lado y comprobó la hora... 5:39 am.

Se arrastró fuera de las sábanas y se apoyó en una de las ramas del Primer Árbol que colgaba junto a su cama. —Volví a soñar contigo, Bobby. ¿Alguna idea del por qué? —le habló al árbol y acarició una de sus ramas. —Sabes... también soñé con él. El Sr. Blau... ¿Crees que, si le cuento, me ayudará a entender todo lo que está pasando? —sonrió ante la tonta idea del Sr. Blau siendo agradable y útil para ella. —Sip... Nada probable.

Se recostó e intentó volver a dormir, pero era inútil. Su mente repetía su nuevo sueño y los acontecimientos del día anterior una y otra vez. Trató de recordar el nombre con el que el Sr. Blau la había llamado, pero no importaba lo mucho que se concentrara, ella no lograba recordarlo.

Privada de sueño y alimentada por su asombrosa terquedad, decidió enfrentarse de nuevo al Sr. Blau, solo que esta vez ella no se daría por vencida. Pasara lo que pasara, al día siguiente ella tendría sus respuestas.

\* \* \*

Al día siguiente, después de la escuela, el Sr. Blau estaba metiendo un folder de ensayos en su maleta cuando G entró de jalón y azotó la puerta detrás de ella. El Sr. Blau frunció el ceño ante el repentino ruido y volteó irritado —¿No podrías cerrar la puerta con más fuerza?

G fue directo al punto. —Necesitamos hablar.

El Sr. Blau procedió a limpiar su escritorio. —No me interesa.

G ignoró su terrible disposición y caminó hacia el escritorio. —Me da igual que no te interese.

—Estoy ocupado, —recogió algunos libros para probarle su punto.

Impaciente, G colocó sus manos encima de los libros y los empujó de nuevo contra el escritorio. —Siempre estás ocupado.

El Sr. Blau la miró con los ojos entrecerrados y los labios presionados en una línea.

—Estar ocupado es una cualidad en la que deberías pensar en trabajar, —dijo rápidamente apartando los libros del alcance de G.

—¡Ahh! ¿Siempre eres así d—

—¿Diligente?

—Irritante, —lo corrigió ella.

El Sr. Blau tardó unos segundos en pensar. —Sí, de hecho, lo soy. ¿Eso es todo? —Pero no, él estaba seguro de que G no iba a ir a ninguna parte hasta consiguiera lo

que fuera que fuese a buscar a su salón –¿Qué quieres?

G sonrió victoriamente. –Ayer me llamaste por otro nombre.

El Sr. Blau, sintió un escalofrío recorrer su columna vertebral. El campus no era el lugar para tener esa conversación. Y ese, definitivamente no era el momento adecuado para tenerla. –No lo hice, ahora vete.

–Sí lo hiciste, –respondió con énfasis.

–¿Por qué eres tan malditamente difícil? –Murmuró y respiró hondo. –Mira, ayer te golpeaste la cabeza. Las personas con concusiones tienden a ver u oír cosas. Ahora, si puedes ser tan amable de salir del aula, te lo agradecería.

Ella no le hizo caso, en cambio se acercó más a él. –Sabes quién soy.

–Por supuesto que se quién eres, soy tu maestro. Estaría haciendo un pésimo trabajo si no conociera a mis estudiantes, especialmente a una que es tan tediosamente obstinada como tú, –era muy visible que el Sr. Blau se encontraba incómodo con su proximidad, así que dio un paso atrás y regresó a limpiar su escritorio.

–Gracias por el dato, pero a lo que me refería era a que me conoces desde antes.

–Imposible, –él se burló y frunció el ceño. –Gracias al cuestionario obsesivo que me hiciste hace unos días, sabes que mi mudanza a este pueblo fue reciente.

Avanzó lentamente hasta atrapar al Sr. Blau entre ella y el escritorio. Ahora ya no tenía dónde ir. –Di mi nombre.

–¿Perdón? –murmuró el Sr. Blau. Su habitual compostura perfecta cambió por un segundo a un estado nervioso.

Y fue ahí donde G lo notó... indecisión. –Di mi nombre, –ella exigió otra vez.

–G, –respondió.

G inclinó la cabeza para estudiar las reacciones del Sr. Blau. –No, mi otro nombre.

–¿Otro nombre? –El Sr. Blau cruzó los brazos para crear un espacio más amplio entre sus cuerpos. –¿Alguien está teniendo problemas de múltiple personalidad? –se burló.

–¡Dilo! –gritó frotándose la cabeza con frustración. *¿Por qué no me dice la verdad? ¿Qué demonios está escondiendo?*

El Sr. Blau usó el estrés de G como una oportunidad para escapar de la situación. En un movimiento rápido, la tomó por la cintura y la giró para que ella fuera ahora la que estaba contra la mesa. –Como dije, –prosiguió él. –No sé a qué te refieres. Ahora, por favor, deja en paz el tema y vete, –el Sr. Blau dio unos cuantos pasos hacia atrás dándole espacio suficiente para salir y señaló la puerta. Pero la chica no se movió. Permaneció de pie en el mismo lugar –¿Que estás esperando?

–Tengo una pregunta sobre la clase de hoy, –mintió.

–¿Estás hablando en serio?

–Sí.

–Aun así, no importa. Sal del salón, ahora.

—¿En serio no me vas a responder nada sobre la clase? ¡Eres el maestro! —su cabeza le palpitaba de dolor, algo que aparentemente sucedía con más frecuencia cada que hablaba durante unos minutos con este hombre obstinado.

—Efectivamente soy el maestro. Y ya di mi clase de hoy. Si no prestaste atención no es mi maldito problema.

—Wow, tienes un problema de ira, —dijo G, sintiendo como su dolor de cabeza aumentaba.

—Y tú debes tener un problema de oído, ya que te he pedido que te vayas, sin embargo sigues aquí, —le respondió mientras la empujaba fuera de la oficina.

—Pero—!

—Adiós! —el Sr. Blau azotó la puerta y cerró con llave.

G apoyó la cabeza en la puerta —Maldición! —Estaba tan cerca y ella lo sabía. Cerró los ojos e intentó recordar el nombre con el que la llamó. Podía ver su rostro preocupado, sentir el calor de sus brazos, pero no podía oír nada. Cuanto más se enfocaba, mayor era el dolor de cabeza. Era como si algo dentro de su cerebro estuviera luchando para salir.

—Entonces... ¿te gusta el profesor? —chilló Synthia. —Es muy adorable de tu parte pensar que le puedes gustar tú.

G levantó la cabeza y miró fijamente a su agresora. —No me gusta. Es nuestro maestro.

—Entonces, ¿por qué lo persigues? —Preguntó mientras jugaba con sus extensiones de plástico.

—No lo persigo, —gimió con la cabeza palpitándole de dolor.

—Entonces, ¿qué hacías allí?

*Peleándome con él...* pensó, pero no le iba a dar a Synthia la satisfacción, así que en su lugar, ella sonrió y se mordió el labio inferior —¿Te gustaría saberlo?

—Imposible, alguien como él jamás pelaría a alguien como tú, —gruñó Synthia frunciendo su cara entera.

G rió entre dientes ante la reacción de Synthia —A no? Digamos que es muy... diligente, —estaba segura de que Synthia no era lo suficientemente brillante para entender esa palabra, pero citar al Sr. Blau tenía el extraño efecto de hacerla sentir como si tuviera un chiste local con él.

—Déjalo en paz! —exigió Synthia con un grito que aumentó el dolor de cabeza de G.

—Lo haría, pero no es asunto tuyo —se alejó. Ya había tenido suficiente por un día. Desafortunadamente Synthia no había acabado. La rubia plástica la siguió y la jaló por el brazo. G le aventó la mano. —No me toques.

—¿O qué? —Synthia entrecerró sus ojos marrones de una manera amenazadora —¿Te desmayarás por otro dolor de cabeza?

—No me desmayé, —aclaró G antes de irse caminando hacia el patio trasero de la escuela.

—Buen truco, por cierto, el Sr. Blau estaba casi arriba de ti.

—Synthia, a diferencia de ti, mi vida no gira en torno a quién me voy a agarrar, —levantó la cabeza y vio hacia afuera. El sol golpeó sus ojos grises, haciendo que su dolor de cabeza se duplicara. Ella sentía que todo su cuerpo iba a explotar, y cuanto más enojo tenía, peor se sentía. —Ahora, si me disculpas, tengo una vida a la cual volver.

—¿Quién te dijo que ya te podías ir? —Synthia la agarró por el collar y tiró.

—¡No toques mi collar!

—¿Te refieres a esta cosa vieja y barata? —Synthia apretó su puño y tiró una y otra vez con tanta fuerza que casi hace que cayera al suelo.

—¡No se te ocurra romperlo!

—¿O qué? ¿Vas a llorar? —furiosa, Synthia jaló con toda su fuerza.

¡CLACK! La cadena se rompió.

Y por primera vez en doce años, el collar se encontraba fuera de su cuello.

CONTINÚA LEYENDO.....